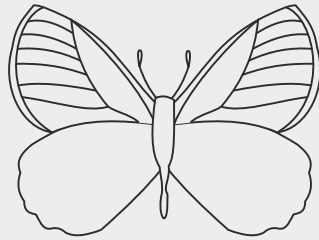




*Las*  
*Montañas*  
más **OCULTAS**  
**FREDDY SISO**





*Las* FREDDY SISO  
*Montañas*  
más OCULTAS

# *Autoridades* UNIVERSITARIAS

## RECTOR

Mario Bonucci Rossini

## VICERRECTORA ACADÉMICA

Patricia Rosenzweig Levy

## VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Manuel Aranguren

## SECRETARIO

Manuel Morocoima (E)

## DIRECTOR GENERAL DE CULTURA

Víctor Daniel Albornoz

COORDINADOR GENERAL DEL CONSEJO DE DESARROLLO CIENTÍFICO,  
HUMANÍSTICO, TECNOLÓGICO Y DE LAS ARTES (CDCHTA)

Alejandro Gutiérrez

## CONSEJO EDITORIAL

Don Rodrigo Martínez Andrade

José Antequera

Fabiola de Navia Guerrero Gamarra

Debby Avendaño

Milagros Sánchez Carrillo



LAS MONTAÑAS MAS OCULTAS

© FREDDY SISO

1a. Edición, 2024.

© EDICIONES ACTUAL

Edificio Administrativo de la ULA,  
4to piso., Mérida, Venezuela 5101

📷 @ dculturaula

## CORREO ELECTRÓNICO

✉ uladirecciondecultura@gmail.com

✉ sisofre@gmail.

## DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Lisbeth Fernandez

## PORTADA

© Freddy Siso

## HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal: ME2024000483

ISBN 978-980-11-2199-2



El presente documento se distribuye en esta edición bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. La evaluación y arbitraje fue realizado de manera anónima y gratuita con la finalidad de contribuir con el libre acceso a la producción intelectual de la Universidad de Los Andes — Venezuela, a través de su Repositorio Institucional SaberULA ([www.saber.ula.ve](http://www.saber.ula.ve)).

a Carmen Felicia, mi madre  
a mis hermanos (a) y sus descendientes  
a los mios todos  
a Venezuela

Agradecimiento a  
Arturo Mora Morales



EL  
NEGOCIO de las  
*Mariposas*



EL  
NEGOCIO de las  
*Mariposas*

Esas mariposas casi siempre están aquí, por más que las espante no se van. Ni en invierno ni en verano, ni de día ni de noche.

Yo fui casada por ambas cosas, aunque antes de todo fui por las leyes, pero primeramente Dios está en mi corazón. Mi esposo fue un hombre de trabajo, arriaba ganado, sembraba, comerciaba: carraotas, carne, café, dulce, sal.

Anduvo por los caminos de todos estos pueblos: del Morro a Mosdandá, de Mosdandá al Don Pedro, del Don Pedro a Aricagua, de Aricagua a San Juan, de San Juan a San José y a Mucutuy, Canaguá, El Molino, Mucuchachí, Guaraque y así. Fue un arriero que pasó muchos días y noches alejado de la casa.

Me acuerdo que un día lo sujetó una invienera, aquí cerquita de la casa. La quebrada no lo dejó pasar y allí se estuvieron él y Baldomero, mi hijo mayor. No paraba de llover y la quebrada en aumento. Los

agarró la noche y nosotros desde aquí les hacíamos señas y ellos sin poder hacer nada, como presos. Descargaron las bestias y las desenjalmaron y se acurrucaron pegados al cerro, abrigándose con sus carpetas, destilando agua, ellos y las bestias, y yo esperando en la cocina: con leña, café, arepa, cuajada. Y no llegaron en toda la noche mi hijo y su papá.

No sé si con él llevé vainas, ahora está muerto y da remordimiento reclamarle. Catorce muchachos me hizo. Él era mayor que yo, estaba jecho cuando me fue a pedir. Yo moza, sin conocer ni siquiera la ó por lo redonda. Me enamoró, creo yo fue por lo serio y esa sonrisa blanca que tenía, siempre brillante, salida como de lo oculto. Hablaba poco, hasta cuando se emborrachaba. Siempre callado. Después que me pidió, hasta que no nos casamos por la iglesia, yo no me vide con él. Esa misma noche del matrimonio, me venteó la debilidad y no dijo nada, ni yo tampoco, sólo la sonrisa. A los nueve meses nació Baldomero.

Deloscatorcemuchachosyase me han muerto dos; uno en un accidente... y otro me lo mataron malamente. Sí, en vainas de palos. La verdad es que tuve dieciséis embarazos. Uno lo perdí por una caída, ¿y el otro?... Es que en ese tiempo teníamos peones y de tanto cocinar pegada al fogón, tanta leña, tanto calor y tanto atender tripones, me nació muertita una niña. Total, cuatro he perdido.

Habemos muchos tipos de mujeres: las que se recuestan al marido, las que no, las que trabajan, las haraganas. Yo he sido mucho de trabajo y creo que en los cincuenta y pico de años que vivimos juntos,

no me atuve a lo que él me diera. Después que monté esta bodega, ya viejona, fue que mi esposo no se quiso ocupar más de la casa como antes lo hacía. Cuando vio que empecé a ganar platica, más nunca me ayudó, ni con los muchachos ni con la comida de la casa. Se fue dejando de viajar y se fue poniendo viejo y lo atacó una especie de desaliento que lo postró aquí para siempre. ¿Y su sonrisa?... Se fue apagando sin remedio alguno.

Al principio fui vendiendo el arroz, el café, el cacao, el maíz, los frijoles y la bodega se fue dando a conocer. Y la gente venía y hacia sus compritas y yo abasteciendo y los vecinos queriendo cosas de las que por aquí no se conseguían: plátanos, cebollas, mayonesa, cerveza... Eso es lo que no me gustó de mi bodega, la llegada del miche, aunque es a lo que más se le gana. No es que la gente no beba, pero detrás del arroz y del plátano llegó el aguardiente.

¿Cuántas peleas trajo esa vaina por aquí?

El miche es como el hombre que maneja el camión de la cerveza: ojos brotaos, barrigón, feo, blanco y mala sangre.

Empecé a vender la bebida y los hombres a venir a conversar y a tomar aquí en la casa, a pesar del mariposero. Así como mi marido dejó de ayudarme, cada palao o cerveza que se bebió con sus amigos, se lo cobré igualito como si fuera cualquier vecino. Se emborrachaba y siempre en silencio, sin decir palabra. En cincuenta años, ¿Cuántas noches pasamos juntos... sin tocarnos, sin hablarnos? Como unos hermanos molestos, dormíamos. A veces me

da rabia aquí en el corazón con él, pero a pesar de todo, nunca me malogró ni me alzó la voz.

El fue un hombre tranquilo, como mi último muchacho, que tiene más de cuarenta años y asiste aquí conmigo. Ese ha sido trabajador como el papá, pero igualmente pendejo. Cualquiera lo engatusa y es el hombre más servicial que se pueda encontrar, claro, para los de afuera. Yo con él no cuento para nada, me tengo que buscar algún perro de esos que asisten por ay, a que me ayuden, a ver de las vacas, de los puercos y de las gallinas.

A dos de mis hijos la vida le ha dado algo así como lo contrario. A uno fue que la mujer lo dejó por otro. Mire, yo eso no lo reclamo, al fin y al cabo, uno vive con el perro que le guste. La vaina fue que le dejó seis muchachos. Ahí está el pobre, arruinado, pagando arriendo y criando nietos. Este otro no, lo que se ha conseguido es con unas mujeres, que mire, le han quitado todo. Ese ha tenido varias mujeres; trabajador me salió, dedicado, responsable. A mí es que no me para bolas. A esas mujeres las trató como a reinas: casas, tierras, animales, cualquier comodida y han sido mujeres con hijos de otros; él como que no empreña. Bueno, eso se lo dijo una peruana cuando le leía la mano:

-Mire, ninguno de los muchachos que tienen esas mujeres han sido suyos.  
Ni fulana, ni zutana, ni mengana.  
Mientras vivían con usted, no tuvieron hijos de usted, esos son hijos de' tros...  
Le voy a decir una vaina, usted es estérico\*, usted no engendra hijos.

Así le dijo la peruana, pero él ni la oyó. Es que

el que no quiere ver, más que lo obliguen. No lo puedo mandar, muy delicado. ¿De los otros hijos?, las hembras se casaron, una vive en Palo Negro, otra en Ejido, una en Caracas y otra en Barcelona. Los hombres también están regados: San Cristóbal, Mérida, El Vigía y así.

De un tiempo para acá, los climas muy cambiados. Antes, en esta fecha era invierno. Cuando empezaban las lluvias, la gente se aprontaba a sembrar y en todos estos campos se veían las yuntas arando para un lado y para el otro. La llegada de la carretera echó esto pa'l hoyo. La gente se fue yendo y fueron vendiendo y los campos que eran rodeado de barbechos, los acabaron y ahora las cosechas vienen de lejos y todo más caro y no consigue usted una yunta nipa' remedio. Yo mantengo mis animalitos con el favor de Dios... Tengo mis ganancias, compro los alimentos y pago al hombre que me los ve.

¿Se dio de cuenta que cuando empezaron las lluvias, los que aquí asistimos, sembramos el pedacito? El verano templó... ¿Qué sacaremos? Buruzas, migajas.

Yo le dije que no sé la ó por lo redonda. De lectura nada, apenas sacar las cuentas y más de una vez me han engañado aquí en el negocio. Pero ahí vamos, haciendo que se hace, batallando con la casa y los animales, atendiendo a este hijo que muy desagradecido, y esperando que Papa Dios venga por yo algún día.

Ochenta y cinco años tengo y todavía coso, ensarto mis agujas, hago los quesos y las cuajadas, atiando la bodega y se me mueren las matas, porque

entre una vaina y otra y el mariposero se me va el tiempo, se me olvidan las cosas y ya calienta el sol y no puedo entonces regarlas. A mí hay gente que no me quiere, porque no le doy nada a nadie. Yo no estoy para ser sangre liviana. Allí tengo un yerno que no me quiere; ah porque no le di un pedazo de lo mío.

Si quiere tener que compre, que trabaje. Hay gente grosera, otra desagradecida, otra aprovechada y otra sin vergüenza; toda esa gente no me gusta, que trabajen. Yo no quiero que me regalen nada, pero que no me cojan lo mío. Mucho sacrificio para lo que tengo, y esa vaina me ha costado es a mí. Mire, si yo tengo un perro, tiene que ser un perro educado; si tengo un gato, tiene que ser un gato educado, porque gato grosero, perro grosero, voy y lo boto. Perro que me esté lambuceando y comiendo lo que no se le ha dado, salgo de'l, de una forma o de otra, así con los gatos.

Entre semana esto es muy solo, a veces paso el día sin que nadie venga a comprar y allí me estoy, cuando tengo tiempo, me siento en la bodega a pensar y acordarme de otros tiempos, de cómo este país ha cambiado y de cómo la gente de antes era más gente que la de ahora.

Eso yo no me lo esplico. ¿Como es que la gente ahora es más entendida, más estudiada y más mejorada y a la hora de la verdad, son más burros y groseros que uno? A mí el adelanto no me ha gustado mucho, antes siquiera se daban los buenos días. ¿Ahora qué? Pura grosería. Pareciera que la escuela, o los mismos maestros... ¿O serán los gobiernos que no se ocupan de lo que debieran de ocuparse? Yo no sé, pero a mí me parece que la

gente que va a la escuela, no salen educados. Si yo fuera el gobierno enderezaría muchas cosas a planazo si es menester... En este país hay más de uno que merece un carajazo.

En la soledad voy dándole vueltas a las ideas, las llevo de un lado para el otro y me pongo a ver qué es lo que realmente va a pasar, y veo que las cosas pasan como tiene que ser. Como lo dice La Biblia, ahí todo está escrito y dicho, así yo no sepa leer

Lo contrario es cuando viene ese mariposero al negocio y no me dejan pensar y me aturdo al tiempo que llegan una cantidad de visitas que parecen finaos y quieren comprar o pedir fiao y saber de sus parientes. Ahí es cuando se me turba el pensamiento y no atiendo a quién debo atender, si a los que llegan con plata o a los que llegan con el mariposero, que no me deja ver.

A veces las espanto a trapazos y malas palabras y de tanto luchar me canso y vuelvo al negocio y me encuentro con esa gente que preguntan por unos y otros. Siempre les contesto que murió de tal o cual cosa, que si de un accidente, una enfermedad y vuelve otro y pregunta que qué es de la vida de fulano y le digo que ese también murió de un problema en el corazón, y así voy, entretenida.

La última vez que vi el mariposero, no tenía ganas de espantarlas, estaba como sin fuerzas, desalentada. Llegaron los finaos y todos a conversar. Creo que fue el José Dugarte quién preguntó por yo. Alguien le dijo:

- La última vez que la vide, la vide muy grave. Ahora la casa está sola, el negocio cerrado y el hijo se fue de allí.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso





LA  
*Minotaurra*



# LA Minotaura

¿Para Llegar a mí casa?... hay que andar mucho. Se camina por cerros y farallones, hondonadas, laderas y travesías... eso es lejos, son unas doce horas del pueblo allá, ¿y desde aquí, donde estoy ahora?... pienso que sus días.

Uno por allá se entretiene con las cosas; la laguna que hay en el alto... a ella hay que respetarla, a veces amanece brava y le da por llorar, quejarse. Todavía no sé bien de qué es la queja, algo sí, pero cuando está triste, ni me le acerco.

Otra cosa que me entretiene es el murmullo de la quebrada. Esa agua limpia... la que nos permite ver, lo que de otro modo no se pudiera ver. El canto del gonzalico, que viene de la montaña a desayunar en mis árboles. El resoplido de la venada, siempre criando o embarazada.

Ella come aquí y allá, esa hierba tierna y húmeda de estas soledades. Yo siempre estoy solo

y he estado solo. Por eso hablo de estas soledades. Las soledades que no son sólo de las montañas, sino de esas que lleva uno por dentro... profundas.

¿Cómo gente?... Vivía íngrimo, pero como campesino, tenía mi perro, mi vaca, mi gallo y ese montón de cosas que viven y lo rodean a uno: que si Dios, que la tierra, que la noche, que la luna, la ilusión y las ideas.

Cuando estuve joven, siempre quise una muchacha. La busqué en el pueblo en distintas épocas. Yo le ofrecía lo que tenía: mi casa, mis animales, mi soledad. Ninguna me atendió, debe ser por lo de la pierna. Por eso es que de alguna manera envidiaba a mi gallo. Por ahí andaba el grupo de gallinas, picoteando, y él las sorprendía en cualquier lugar. Quisieran o no, las arrinconaba y montaba. Después ellas se sacudían y él batía sus alas para luego dejar escuchar su canto. Seguían, concibo que con ilusión... ¿en cambio yo? solo... sólo imaginación.

Mi nombre es Rumualdo de los Ángeles Uzcategui, soltero y oriundo de estas montañas. Lo malo que hice fue fijarme en mi vaca. A veces la llevaba donde los vecinos, ellos tienen un padrote. El toro me hacía el favor de saltármela y al año ella me paría. Así bebía leche, hacía mis quesos y reunía cositas que llevaba al pueblo a vender.

La cosa fue que un día salté a mi vaca, después se la llevé al toro y el tiempo pasó. Todo seguía igual: la venada, la laguna, el gallo, la tierra, Dios, mi soledad. Llegó el tiempo del alumbramiento y me dispuse, como siempre, a atenderla en el parto. Los becerros nacen al contrario de uno, ellos asoman

las patas de atrás primero. Uno no, antes de todo asoma siempre la cabeza. Entonces la ayudé, halé la cría por las patas y poco a poco fue saliendo. Me di cuenta que era hembra.

Me contenté, en vez de tener una vaca, podía tener más leche, más queso. Allí estuvimos en ese trabajo la vaca y yo. Por momentos era duro y nos cansábamos. No quería salir. Volvimos a ponernos de acuerdo, así que yo jalé y ella pujó. Del jalón caí sentado. Al levantarme, pude ver que el animalito tenía medio cuerpo de becerra y medio cuerpo de niña. Sí, en vez de cogote, del degolladero salía el tronco de una niña, con brazos y escaso pelo. Con el semblante bonito y leves rasgos de vacuno en el rostro. En la frente tenía una mancha blanca que asemejaba una mariposa.

Retrocedí espantado, quise correr a pesar de mi pierna mala, llamar a Dios, pensé que era un castigo, un pecado. Cuando percaté, estaba en un camino lejos de la casa. Me devolví azorado con la pierna entumecida. Al llegar, vi que la cría tenía sus tiernas pezuñas desgastadas de tanto querer pararse y no poder. Mi vaca la lamía con tanto amor, que bramaba pidiendo ayuda. La paré, sentí entre mis manos y brazos, aquel cuerpo húmedo, baboso y tembloroso de la recién nacida. No sé cuánto tiempo había pasado. Enseguida empezó a mamar de la ubre y yo sentado, llorando.

De racional sólo tenía el cuerpo, en todo era becerra: la manera de comer, de querer, de saltar. Así fue creciendo y yo pensándola, observándola. A veces le buscaba algún parecido conmigo y no lo encontraba. Los ojos los tenía más grandes, la boca

alargada para el pasto, sus cuatro patas, su piel cubierta con una fina cerda oscura. Sus bramidos quejumbrosos, cuando llamaba a la madre, me atemorizaban. Me preguntaba si era yo el padre de esa criatura, de ese cuerpecito y brazos desnudos. De mí sólo tenía el lunar que tengo cerca de la tetilla izquierda. Por más que me fijé, en más nada se me parecía.

Demás está decir todas las tonterías que me pasaron por la cabeza. Las cosas del mundo las manda Dios. Así que me dediqué a contemplarla para que creciera.

Alegre corría en esos potreros, saltaba, bramaba y cuando me le acercaba, me miraba con unos ojos tan humanos, que casi me hacía llorar.

Mi vaca volvió a entrar en celo y nuevamente se la llevé al toro. La gente me preguntó por la cría y les dije que era becerria y estaba bonita.

Fue creciendo, y como todos, se apartó de su madre. No lo voy a negar, yo la codiciaba mucho. A las cosas que uno quiere, hay que codiciarla para que florezca. Sí, aquella becerria se fue haciendo como una niña y después como una mujercita. Sus pechos florecían como botones de rosa, y de su linda cabeza, más arriba de la frente, comenzaron también a despuntar los pitones. Vivía angustiado y vigilante. Me daba dolor pensar que su existencia no estuviera bien. Por eso tenía mucho cuidado de que nadie me la viera.

La angustia era por lo del gallo y la tentación que en esas soledades a uno lo ataca. No me atreví a tocarla, ni a verla con buenos ojos, más bien era

gruñón y por lo que había pasado, nunca me atreví a pensar en otro animal. Ahora confieso que aquello era lastimoso a mi corazón. Por eso es que creo que cada día estaba más solo con mi angustia, mi congoja, mi inquietud.

Cuando me detuvieron estaba vigilante y pensativo, creo que más pensativo que vigilante, observando a un grupo de mariposas que se posaban en su espalda, en su lomo.

Me cayeron encima con violencia, me golpearon, me esposaron y me trajeron aquí. A ella les costó agarrarla. Cuando vio que me llevaban, se acercó y tomó entre sus manos mi rostro.

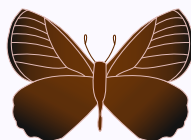
Ante la justicia y la iglesia confesé lo que unos consideraron un crimen y otros una blasfemia.

Por lo del crimen me condenaron a estar aquí dieciséis años. Por la blasfemia me excomulgaron... Lo de estar en la cárcel me pone triste, no puedo ver mi mundo y estas manos lisas y limpias me avergüenzan. Lo de la religión no me importa, pocas veces en la vida fui a la iglesia. Al creyente lo podrán encerrar, condenar, excomulgar; pero la fe en Dios... esa no me la podrán quitar.

Según un policía, a la becerra se la llevaron casi a rastras, después de golpearla y maniatarla. Ante un cura, quien la bañó con gritos y agua bendita, la quemaron... La consideraron un ser salido de la maldad, de la oscuridad más profunda. Me dijo que todos estaban temerosos de ella, sobre todo de su mirada triste..., melancólica..., llorosa...



Creditos fotografia:  
Freddy Siso





*Mula*  
**NEGRA  
HOSCA**



# Mula NEGRA HOSCA

Bueno, me perdonan ¿no? ¿Saben del ejemplo de una vez que estaba yo viajando para Ejido? ¿Que era viajero y teníamos una mula negra, que no se dejaba cargar de ninguna manera?... Entonces pa' amansala, aproveché un viaje. Cargaba cuatro o cinco mulas con carga... no recuerdo bien.

Me la llevé por el camino del cabresto, sin soltarla para nada, ni en subidas ni bajadas y mucho menos en travesías; por esos cerros gruesos, anchos de cintura, altos de estatura y casi desnudos por la tanta madera que le hemos sacado.

Entonces llegué a la hacienda de Don Luis... Don Luis no, este... ¿Cómo es que se llamaba el dueño de ese negociación en Ejido? Este... no me acuerdo. To' lo cierto es que llegábamos a posar allí.

Echaba tres días en el viaje: uno pa' llegar, otro comprando y el otro pa' venirme.

En la noche que estaba yo haciendo las cargas, llegó un arreo grande de mulas de Aricagua. El puro arriero, el dueño de las cargas y las mulas, muy atrás venía. Yo estaba solo y ahí me dijo el arriero: mire joven, venga y me ayuda a descargar estas mulas.

Le ayudé, en después soltamos las mulas pa'l potrero. Entonces ya yo terminé de armar mis cargas y me fui a costar. Luego apareció el dueño del arreo de Aricagua. Me llamó y me dijo: mire joven, párese y acompañe con un fresco.

Me paré, me puse mis cotizas y me metí pa'l negocio a tomame el fresco. Nos hicimos muy amigos yo y el dueño del arreo. Cuando me iba otra vez pal cuarto, le dije.

*-Mire, ¿por qué no me hace el grande favor por la madrugada de ayudarme a cargar las mulas mías?... y a ver qué me dice de una mula muy resabiada que traje y no se deja cargá.*

*- ¿No se deja cargá? ¿De qué manera no se deja cargá? - me preguntó.*

*-Es que ni en la casa la podemos... le zumbamos la enjalma y sale corcoveando, tumbando todo y no se puede. Yo la he traído es por no dejar, pa' enseñarle el camino. ... y me da nervio cargarla, no vaya a ser que se encabrite y se malogre...*

*-Por la madrugada vamos a ver si es verdad que corcovea esa mula. ¿Tiene enjalma? - así me respondió.*

*-Sí, todos los aperos, pero como yo la traje fue pa' puro paseála. ¿Qué voy hace con cargá esa mula de aquí pa'llá?*

*-Lo que pasa es que usted como que no sabe cómo se apera, cómo se carga y cómo se amansa una mula. - dijo el aricaguero.*

Me quedé con la idea y me fui a dormir, a preguntarle a la almohada.

En la madrugada lo llamé:

*-Mire señor, ayúdeme pues a cargar las bestias.*

Se paró el hombre, tomamos café y me dijo.

*-Traiga la mula y amárrela en ese botalón.*

Ahí le amarré la mula. Endespues me dijo dándome por el hombro.

*- Vamos a enjalmarla.*

Le zumbé la enjalma y ni por nada se dejó.

*-¡Tapójela! - me gritó.*

Entonces yo voy a ponerle el tapaojos, y tampoco se dejó manosear las orejas. Viendo el asunto, el hombre se quedó pensativo, como hablando con él mismo.

*-Sí es verdad... si esa mula no se deja enjalmá, mucho menos se va dejá cargá... Pero déjemela por la cuenta mía, yo la acomodo. - me dijo el arriero de Aricagua- ¿Tiene una soga de rejo?*

Preguntó... yo empecé a preocuparme, pero igual conteste.

*-Sí tengo los cinchones de rejo.*

*-Tráigame el cinchón de rejo.*

Le pasé el cinchón y me aparté un poco receloso. Amarró la mula de una pata y la amarró del otro lado, de una mano, cruzada. Endespués de la otra pata y la otra mano y la pegó bien al botalón y ahí sí la pudo tocar, acariciar, darle con la palma de la mano en el pescuezo. Hablarle, decirle cosas, y ella estaba nerviosa, con las narices aventadas y las orejas muy paradas, sin poder mover las manos ni las patas, porque estaba cruzada con el cinchón de rejo... Me tranquilicé un poco.

Ahí si le zumbó la sudadera, y cuando le cayo encima, ella quiso corcovear, pero no podía ni pa'lla ni pa'ca. Le zumbó la enjalma, le puso el arristranco, la apretó bien apretada y ahí sí, vamos a cargar.

*-¿Cuántas cargas tiene pa' la mula?*

*-Yo carga no le tengo... pero le podemos quitar a las otras bestias.*

*-Esa mula le arrastra fácil cuatro o cinco arrobas. - dijo.*

Entonces le aparté dos pacas de panelas pa' que llevara el contrapeso bien equilibrado. No tenía sobornal, sólo una paca de panela pa' un lado y la otra pa' lotro. Comenzamos a cargarla y yo temblando de miedo, nervioso.

*-¡No sea flojo chico!..  
¿Usté es de 'onde?.*

*-Yo soy del Hato de Los Nevados...  
nevadero.*

*-Si es de allá, no tiene porque tener  
miedo entonces. ¿Los nevaderos no y  
que son bregaos?*

Yo puse la paca de panela con mucho cuidado y él también. La cargamos con mírame y no me toques. La apretamos, se estuvo quietica y ahí sí, él mismo la soltó de las manos y de las patas y la paseó por to' el patión. La llevó pa' la caballeriza y de la caballeriza la trajo al patión, la sacó pa' la calle y la llevó arriba donde Ramón Montes y la sacó a la última casa de Ejido.

Se estuvo toda la madrugada, pa' rriba y pa' bajo. De la hora en que la cargamos, hasta las cinco de la mañana, se estuvo pa' allá y pa' ca, y yo vide a la mula y ahí sí cargué a las otras. Fue y me la entregó, quedé muy agradecido y ahí partí tarde, con ella del bozal.

Agarré la cuesta hasta salir al Paramito, al principio mucha calor, pero en después, soplaba un viento fresco lleno de mariposas, y yo contento por la buena nueva que llevaba pa' la casa. Del Paramito desemboqué al Morro y la mula tranquila. Como

había salido tarde, me vine ligerito, pa' no llegar de noche, pa' que la gente me viera. En la mitad del camino, le quité más carga a las mulas y le puse otra arroba de sobornal a la hosca.

Entonces llegué a la casa y cuando vieron las cargas en la mula, la gente muy contenta, me echaron una convidada; era domingo. ¡Siempre llego con sus cinco arrobas! Descargué y yo orgulloso, sonreído por dentro y recordándome de mi amigo el aricaguero. Me quedó eso en la cabeza, el secreto de la amansada, yo no le dije a nadie.

A los ocho días me dijo el dueño de la mula, que se llama Rómulo Marquina.

*-Mire Lauterio... Ya que la amansó con carga, usted no puede... ¡Póngale silla!... ¿Sí será capaz?*

Entonces dije con picardía.

*-Sí se la pongo.*

*-¿Se arriesga usted a ponerle la montura?*

*-Sí me arriesgo.*

Como era domingo, ahí en el negocio se habían reunidos como unos diez jinetes, ellos pura risa... yo me había reservado de qué manera la habían cargado. Ya lo dije.

Era verano y estaba clarito el día. En ese tiempo, no hacían los calorones que hacen ahora,

el sol no era tan dañino, abundaban las mariposas, las cosechas y las aguas.

Jalé la mula y la amarré al botalón. Dentré pa' dentro y le dije al señor Rómulo.

*-Déme un buen palao, tan siquiera una cartera.*

¿Usté sí conoce a Rómulo Marquina, ¿no? Ese usaba muchas bestias traídas de por allá, de diferentes partes. Entonces en la sala que estaba, ahí me zampé una copada de aguardiente y salí con la montura. Asustaó andaba, pero hecho el tonto. Los otros jinetes tenían sus bestias aperadas, y en lo que me vieron, reidera conmigo, de que yo me iba a volver un estropajo, que me iba a estrellar cuando fuera a ensillar la mula.

Yo me dije, sólo como pa' darme ánimo: estos se van a pelá, porque a la mula la voy a ensillar. Además, ella llegó con carga de Ejido el domingo pasado, tiene que estar más o menos amansada, y yo claro, me calenté el cuerpo con el trago y ahí sí jalé el rejo y fui y le tiré la cabuya por la pata y dijo el finao Rómulo.

*- ¡Cuidao Elauterio le pateo la mula!*

Agarré la gasa por la punta, la templé y la manié como se maneja a un toro pa' capalo. Fui y la jale bien y así quedo el rejo, templao y la mula cruzada. Le puse la sudadera y como que me quiso corcovear, pero no podía, ahí le zumbé la montura y la apreté de la cincha y le puse la baticola, sin tapaojo, porque cuando la cargamos no le habíamos puesto

tapaojo... Replicó el finao Rómulo.

- *¿Ahora pa' móntasele?*

- *¡Me le monto!*

Y todos miao de la risa... Al rato me llamó, porque él también estaba nervioso.

- *Venga y se echa otro palo.*

Vine y me zampé otro trago, y ahí sí, me le fui. Le dije a uno de los caballeros:

- *Pique dos bestias  
y me deja a mí atrás.*

Yo andaba alebrestao y fachoso, pero también cagao. La jalé por el puro bozal. Cuando puse la pata en el estribo, da una patada. Entonces yo con el fuate, le zampé un fuetazo en el pecho y ahí sí como que se estuvo quietica. Me le monté y me pude acomodar bien. Cuando me sintió encima, sale al galope. Los compañeros que iban adelante se apartaron pa' un lado y me dejaron pasar. ¡Sólo por esa travesía! Y esos caminos eran como caminos de hormigas. ¡Entodavía!, eso no han arreglao ni un pedacito.

¿Usté cree que yo podía sostené esa mula por el bozal? No hombre chico, andaba como ciega de la rabia y la ofensa de cargar a un cristiano encima.

Rebasamos donde Patricio Sánchez, pasamos donde Augusto y por último la casa de Calazan, y esa mula mandada que no la paraba nada ni nadien. Yo rezando y sintiendo que llevaba los ojos brotaos

del susto. Al fin llegamos a una puerta donde la mula se pudo trancar y ahí sí es verdad que el resuello me volvió al cuerpo. El corazón se me salía, me vi las manos y las vi amarillas como una curuba madura. De allá de'onde los Marquinas, a la casa de Calazan, eso es lejos... ¡En todo eso no me soltó la mula! Pareja fue la carrera hasta que paró.

La regresé y llegando donde los Marquinas, ahí sí estaba la manada de mendigos esperándome. Manada de mendigos, todos quedaron en la casa, mirándome y riendo y yo muerto de miedo. Ellos debieron ponerse detrás de mí, porque si me soltaba la mula, en esos caminos de hormigas, me mataba. Llegué a la casa y los encuentro, amontonaos, reídos y mirándome que venía.

Llegué y me eché otro trago... ahí sí les dije.

*-Miren, si ustedes van, vamos.*

Sí picaron unos adelante y yo atrás, como con un mal presentimiento. Bajamos del Hato y llegamos aquí al pueblo. Anduvimos por to' esta vaina. Vendía miche aquí arriba, este señor -eso hace mucho tiempo- el finao Ricardo Marquina. Fuimos y nos echamos un trago ahí y así nos entretuvimos, paseando la mula. Nos fuimos de aquí como a las diez. Bajamos a Curazao y todavía en Curazao, la mula no me tumbaba.

Nos tomamos otro traguito y ahí seguimos donde Silverio Peña. Luego piqué yo adelante, porque ya la mula iba mansa. Pasando al lado de la quebrada, fugió la mula... me dio como un sustico... En aquella cuesta, pa' subir al Chavá, volvió a fugiar, una oreja pa' lante y la otra pa' tras. Ya íbamos

como a las once. Llegamos a la sabana, ¿y a ónde que quería pasar la mula ahí en la sabana? Al fin le zampé un fuetazo. Siguió la mula y lo'sotros no me alcanzaban, se habían quedao en la quebrada bebiendo miche.

Yo adelante, contento con la mula, no me había tumbado en todo el día y pendejo también porque andaba medio jumo y no me daba de cuenta de las cosas. De pronto entramos en una hondura oscura y la mula empezó a fugiar y a fugiar: una oreja pa' lante y la otra pa' tras y dentramos en ese zanjón onde Jelipe. La mula llegó al zanjón oscuro y no me pasó la mula. A fugiar y deapa'tras, a fugiar y deapa'tras. Yo iba bien jumo.

¿Está mula por qué no me pasa?... Entonces pelo por el fueite y le zampé otro fuetazo. Brinca la mula al lado de allá y la mula no alcanza el brinco y trastumbamos por ese zanjón abajo. Lo mismo que me pasó a mí, cuando la monté, que estaba temblando de miedo, le pasó a ella con la oscurana. Trastumbamos barranco abajo y ahí están los piedrones. Caí yo encima de una piedra y la mula encima de yo.

Cuando llegaron los jinetes, yo dando gritos con la mula encima. Tuvieron que ir a buscar unos picos pa' abrir camino, y sacarnos a mí y a ella.

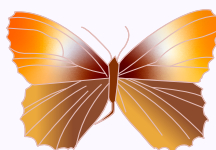
Fue por este lado izquierdo que me reventé to' esta vaina, la frente y el ojo. De ahí es que estoy enfermo, viendo un mariposero inacabable... mi ojo, que ahora me lo veo triste y apagao. La mula me cayó encima y me estuve como tres meses en cama. No ve que todo me descompuse, ¿y ella? Como

yo, también salió aporreada. Más nunca nadie le tuvo voluntad de montar esa mula. Cuando sané del cuerpo y en después del ojo que perdí, seguí montándomele. Mi mula negra hosca. Esa mula la vendió el señor Rómulo a Miguel Castillo y quedo sólo pa' la carga, porque ella no se dejó de más nadie sino de yo.

Bueno, me perdonan ¿no?, se acabo el ejemplo.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso



*Neblina*  
PERFU  
MADA



# Neblina PERFUMADA



Unos días después de mi muerte, me descubrí en la casa, rodeado de mariposas de distintos colores... Mi casa queda en una montaña alejada, aislada. Mientras viví, allí nunca llegaron esas cosas que la gente, a veces tiene como fundamentales: carretera, vehículos y otras vainas. Siempre pensé que así era mejor, los picaros son muy flojos, como para llevarse cerro arriba mi nevera, mis libros o mis ideas. Cosas viejas, por demás.

Mi casa principal fue un apartamento en la ciudad, con mi esposa, hijos. Tengo conocimiento de que morí, ¿de qué?, es un secreto. Lo que no sé, es por qué estoy aquí, en mi querida casa, siempre rodeado de mariposas.

El Chamizal... Para aquel lado vive el señor Gollo, para el otro Ramoncito, más arriba Pepe. Cada cual con su familia.

Mi casa es la misma, los vecinos no, El Chamizal tampoco es como cuando yo vivía. La montaña es un poco diferente, ahora tengo una quebrada cerca.

Aunque el paisaje me sigue diciendo que enfrente está Palo Negro, la casa de Rumualdo y el camino de San Juan, -camino, no carretera- siento que estoy y no en El Chamizal. Por mi entrada sigue pasando gente, es el camino real que va a la Azulita. Subiendo llega uno al cruzadero, donde Josefa, a la derecha las cruces, a la izquierda Paramito.

Cuando aparecí en mi casa, vi que el terreno estaba todo sumergido en el abandono, las matas, el café, los cambures (sin recoger), el agua desperdiciándose en el estanque y la casa igual que las matas. Todo en semejante desamparo, incluso mis libros; empolvados, esperando, dispuestos a dar, a orientarme con generosidad.

Cuando llegué y tomé conciencia, vino a mí una especie de rumor: dijo.

- Tu casa siempre fue tu sueño, tu esposa, tus hijos. Vas a volver a vivir aquí, viendo de tus animales, de la tierra, de cada una de tus plantas y sueños. Vas a seguir leyendo, conversando con tus vecinos, escribiendo, amando.

De ahora en adelante, tu vida será ésta, campesino. Estarás esperando en el camino la llegada de tu compañera, quien pronto arribará venida de tu pensamiento a ayudar en todo y cada una de las cosas. Llegará a quererte y a sentarse en tus piernas fuertes como troncos, para que la acaricies y beses.

La gente que después de muerta, vuelve a sus sueños, esa que deseó vivir en paz, trabajando, sin aspirar más de lo que pudieran darle sus manos, su esfuerzo. Te damos esta casa, esta tierra, estos vecinos y estos libros, porque fue lo más que quisiste.

El rumor se fue disipando y me quedé ahí, en la casa, la que una vez construí, la que fui amasando y domesticando palmo a palmo.

Volví a andar esas montañas que no siendo las mismas, me eran familiares. Me tropecé con animales que por allí nunca había visto: lapas, cachicamos, lochas, venados, gatos de monte, pavos, paujés, comadreas... aparte de algunos de mis viejos vecinos, había otros y entre ellos, indígenas, no sé si son cuicas o timotes, muy buenos vecinos, solidarios. Vivir aquí, después de la muerte, es de una armonía muy grande, todos nos queremos, respetamos. El trabajo a mano vuelta es la regla y cada familia se procura su alimento. Se vive humildemente, pero se tienen las cosas: los huevos, la leche, la carne y lo que por aquí da la tierra: tomates, papas, apio, ayuama, ocumo, maíz, yuca, café, caña.

Una vez, después de tanto pensarla, vi a mi esposa andando en el camino. Llegó envuelta en una especie de luz muy clara, acompañada por las mariposas de Josefa Angulo. Estuvimos días y noches conversando y a pesar de nuestros años, también amándonos.

De nuestra vida pasada, no se añoraba nada, ni a los hijos. Sabíamos que estaban vivos y bien. La música nos llegaba por ráfagas, dependía del viento, si bajaba del páramo eran sonidos de flautas

y queñas; en cambio, si el viento soplaba venido del gran cañón del Chama, entonces subían ritmos venidos de Bobures, Palmarito o El Batey y cuando el viento soplaba de ambos lados, siempre se formaban unas grandes fiestas que hasta pólvora quemábamos.

Noticias nunca existían, no había ciudades, tampoco autoridades y mucho menos medios de comunicación. Allí vivíamos nuestra muerte en armonía y respeto, en equilibrio con la tierra, el cosmos y con Dios. Ese Dios que cada uno de nosotros lleva dentro, a imagen y semejanza de uno.

Muchas tardes nos sentamos a ver cómo surge de las hondonadas la neblina. Sube con la brisa, atravesando soledades, árboles, lomas y barrancos. Ver como la niebla sale impetuosa del vacío y entra a nuestra casa, nos reconforta. Penetra perfumando con su humedad cada rincón, verla salir por la otra puerta, teñida de amor, nos llena de gozo porque es a lo que viene todas las tardes, siempre a buscar amor para llevar consigo. Después que se va, mi esposa y yo vamos al aposento. Allí preparamos inciensos, aceites, perfumes, caricias, besos y jovialidad para que la próxima tarde, la neblina tenga algo que llevar.



Creditos fotografia:  
Freddy Siso





EL  
PUENTE de  
*Plumas*



# EL PUENTE de Plumas

¡Dígame!... eso es muy largo...

Eso era que había una vez un hombre buscando trabajo, no ve que era una de esas épocas malas, en que los campesinos andamos caminando cada cerro en busca de algún trabajito.

Sí, a veces familias enteras buscando algo que encontrar, pa' medio remediase y comer, como ahora... siempre la necesidad.

Anduvo caminando tanto, hasta que allá en uno de esos páramos, encontró una hacienda, donde vivían dos señores y una muchacha. Ese es un páramo perdido entre aquellas montañas. Lo llaman El Campanario, porque hay unos riscos que asemejan iglesias con sus campanas y sonidos. Allí habló y le dieron trabajo, poco a poco fue amañándose y cumpliendo con cada cosa. ¿Usted

sabe como es ese asunto de las soledades? Cada que llegaba la noche, él allí, pensativo, sabiendo que en la casa grande asiste una muchacha. Él se fue fijando y la muchacha enamorándose de'l. El par de viejos se dieron cuenta, porque eran viejos encantadores y entre una cosa y otra, decidieron matarlo o encantarlo pa' que todo quedara allí.

Él no sabía, pero la muchacha sí. Estando enamorada y siendo hija de esos señores, ella era más encantadora que los viejos. Por eso lo protegía. Una vez que los viejos decidieron echarle la vaina, los trabajos que le ponían, eran endifíciles, pa' que no pudiera hacerlos. Esa era la condición; que él les fallara, así es que ellos podían encantarlo o matarlo.

*- Mañana va, me ensilla esa mula y me la amansa de una vez.*

Ellos sabían que esa era una bestia cerrera y mañosa, y usted sabe lo endifícil que es eso.

*¡Amansar una mula! ¡Ni el propio Eleuterio pudo!*

El hombre se fue, trajo la mula y se la llevó del cabresto, cuando llegó en la tardecita con la bestia, la amarro al botalón que está en la puerta y se fue. Luego el viejo salió de la casa y le preguntó a la mula.

*- ¿Cómo te fue mija?*

*-Mal, el hombre me amarró la jeta con el bozal, la barriga con la cincha y con las espuelas y el mandador me dio tanto cuero y puyazos, que me puso mansitica de una buena vez.*

El viejo quedó pensativo y le dijo a la mula.

*- Mañana voy yo a ver que pasa.*

Entonces le dijeron al hombre.

*- Amarre aquel macho y me lo amansa pa' ensillarlo una vez.*

Él fue a cumplir con su trabajo y por la tarde trajo al macho del cabresto y lo amarró al botalón. Al poco rato salió la vieja y le preguntó al macho.

*- ¿Cómo te fue, mijo?*

*- Mal mi vieja, -se le escuchaba la voz quejumbrosa- como a ti. Me amarró la jeta con el freno y la barriga con la cincha... No se puede negar que es buen amansador. Cuando se montó, eso fue echarme cuero y puyones con las espuelas, hasta que me quedé quietico sin poder corcovear más.*

*- Le vamos a poner un trabajo indecible, para que no pueda y así agarrarlo y matarlo de una vez... Lo que nos hizo lo va a pagar.*

Así decían los viejos... Al otro día le encargaron.

*- Ahora va a aquella montaña y me la tumba. En la tardecita me trae caraota verde y mazorcas tiernas.*

¿De'onde iba a sacar ese hombre caraotas y maíz de la pura selva?. Entonces se fue y comenzó la roza. ¿Pero cómo iba a hacer? Se preguntaba el

hombre. Entonces la Tres Rayos de Sol, que era así como se llamaba la muchacha, iba y le llevaba el almuerzo. Lo encontró triste y sin ánimo.

Como ella estaba embelesada de él, después del almuerzo le dijo.

*- Acuéstese a dormir y  
descanse un rato.*

El hombre se acostó y como la Tres Rayos de Sol era mágica, se puso a trabajar.

Cuando despertó, ya ella tenía todo hecho; había mazorcas tiernas y también caraotas. En la tarde cuando llegó el hombre a la casa, los viejos no lo podían creer...

*- Mañana va y me tumba aquel cerro y  
me echa ese río hacia´cá.*

Cuando fue a aquel cerro para echar el agua, se acostaría otra vez a dormir o se sentaría o quien sabe qué. Cuando se presentó Tres Rayos de Sol con el almuerzo, le preguntó.

*- ¿Qué hace buen hombre?*

*- Aquí pensando - contestó.*

*- Pensando... después de almuerzo  
acuéstese a dormir un rato.*

Se acostaba el hombre y la mujer hacía toitico. Cuando rompió el cerro y embocó el agua para la hacienda, le dijo.

*-Párese buen hombre...*

Y se paró el hombre y miró que todo estaba hecho. Cuando llegó el agua a la hacienda, los viejos se miraban uno al otro y dijeron que todavía no podían matarlo. Por la mañana le dijeron.

*-Mire, váyase al río grande y me hace un puente de plumas, rodeado de mariposas.*

Se fue el hombre a hacer el puente de plumas con rodeado de mariposas. Allí en el río grande se le estaba pasando el día sentado, pensando. Cuando llegó la Tres Rayos de Sol con el almuerzo, le preguntó.

*- ¿Qué hace buen hombre?*

*-Nada.*

¿Qué iba a hacer? No ve que no podía con aquel trabajo. Entonces ella le dijo.

*-Acuéstese a dormir pa' que no mire.*

Ella lo bañó de un sueño profundo, placentero, y empezó con su trabajo. Cuando estaban las cosas hechas, la mujer lo llamaba. El hombre se despertaba y desperezaba tranquilo, sabiendo que ella lo había hecho por él. Entonces se fue a llamar a los viejos para que vieran que el puente estaba bien hecho; como lo mandaron. Los viejos vencidos y cansados, decidieron botarlo del trabajo para que se fuera. La muchacha y el hombre, como estaban enamorados, les dijeron a los viejos que ellos se iban juntos.

Aquello fue una semana de mucho pensar, de parte y parte. Entonces le pagaron y los jóvenes prepararon el viaje para irse al otro día. Fue un viaje trampeado, no ve que no se sabe con qué podían salir los viejos. En la noche lo arreglaron y prepararon todo para irse al otro día por la mañana.

Se acostaron. En la madrugada se levantaron calladitos. La Tres Rayos de Sol echó al maletín un peine, un carrete de hilo y una pasta de jabón. Endespues escupió una saliva en la sala, otra en el corredor y otra en la cocina, y sin hacer ruido se fueron. Por la mañana, la mamá preguntaba todavía acostada.

*- ¡¿Qué está haciendo  
Tres Rayos de Sol?!*

La saliva le respondía:

*- ¡Aquí barriendo el corredor!*

*- ¡¿Qué está haciendo  
Tres Rayos de Sol?!*

Volvía a responder la saliva:

*- ¡Aquí... barriendo la sala!*

Y endespues de mucho rato.

*- ¡¿Qué está haciendo  
Tres Rayos de Sol?!*

Cuando volvió a preguntar que qué estaba haciendo. Nada, nadie le respondió, ya las tres salivas se habían secado... Los viejos se levantaron

ligerito y se dieron cuenta que la muchacha se había juído con aquel hombre.

El viejo se fue a buscarlos y cuando ya estaba por alcanzarlos, Tres Rayos de Sol soltó el carrito de hilo. El camino se volvió un chamicero, una cosa muy tupida que el viejo no pudo pasar. Se regresó pa' la casa y le contó a su mujer. Ahora se fueron los dos, así podían tener más poder. Cuando ya los iban a alcanzar, los juídos le soltaron la pasta de jabón. Ahí se les volvió el camino un gredero, un pegostero muy resbaloso, más feo, pero qué bueno pues. Al fin pasaron los viejos con mucha dificultad. Más adelante les soltaron el peine y el camino se volvió otro chiviritero enredado, pero la vieja que tenía sus mañas y conocimientos, pasó y ayudó al viejo.

Ya los iban a alcanzar, cuando los novios llegaron a un guayabal, Tres Rayos de Sol hizo magia y entonces se convirtieron en puercos... hijos de la gran... se pusieron a comer guayabas y cuando estaban en eso, llegó la vieja y le preguntó a los puercos.

*- ¿Ustedes no han visto a dos enamorados pasar por aquí?*

Y que los puercos le hacían así con el josico, señalándole el camino... ¿Qué iban a hablar los encantadores puercos?... Nada. Siguieron y anduvieron por todo eso durante mucho rato y no encontraron a nadie los viejos. Se regresaron pa' su casa triste y sin la muchacha.

Tres Rayos de Sol y el hombre, llegaron al pueblo donde él se había criado... Al tiempito, el

hombre se enamoró de otra muchacha y dejó a la Tres Rayos de Sol metida en su vestido.

Ella triste le decía al hombre:

*- Déme permiso para hacer dos palomitas.*

Y él se negaba.

*- Déme permiso para hacer dos palomitas.*

Y él que no, que no y que no... y ella volvía a pedir permiso.

*- Déme permiso para hacer dos palomitas.*

Hasta que le contestó.

*- ¿Qué va hacer usted con dos palomitas?..  
¡Hágalas pues y no moleste más!*

Se lo dijo con rabia, de mala gana. Tres Rayos de Sol hizo las dos palomitas, las colocó en la troja y las puso a cantar. Mientras cantaban, la palomita le recordaba al palomo.

*- ¿Usted se acuerda cuando yo lo ayudaba a trabajar?*

El palomo volteaba y hecho el pendejo no contestaba.

*- ¿Usted se acuerda cuando hizo que yo me escapara de mi casa?*

El palomo volteaba pa' un lado  
y pa' l' otro, luego contestaba.

*- No, no me acuerdo.*

La palomita seguía preguntando  
más preguntas.

*- ¿Usted se acuerda de tal cosa?*

Y el palomo contestaba.

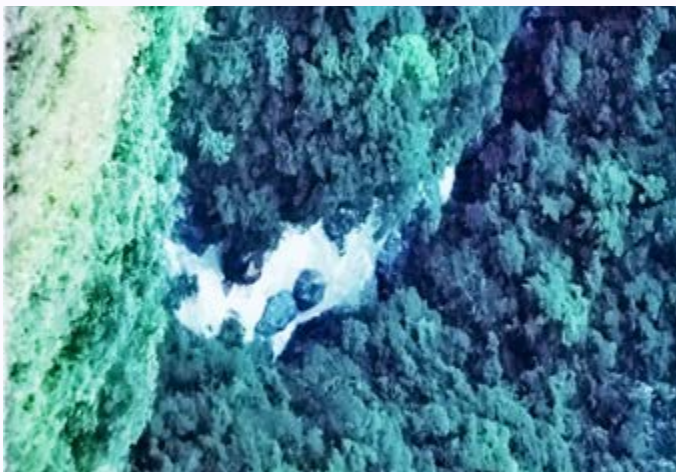
*- ¡Que no, que no, que no me acuerdo! -  
eso era lo que contestaba.*

Cuando ella le hizo la última pregunta, ya muy  
desconsolada, sin esperanza, él contestó.

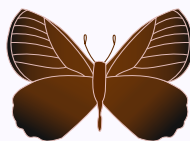
*- Sí, si se acuerdo de lo bonito que  
quedó el puente de plumas  
con sus mariposas.*

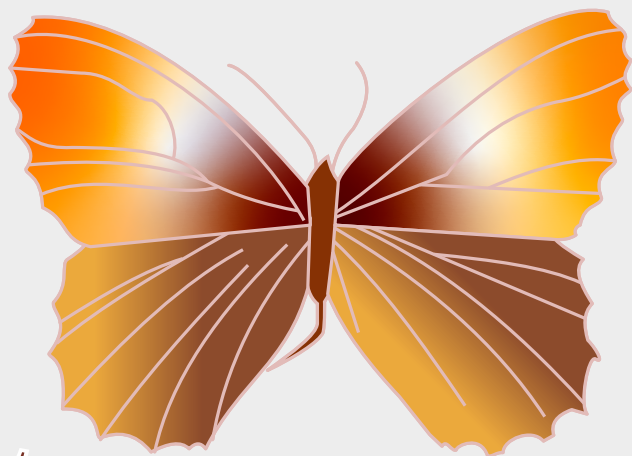
Y allí quedaron en la troja los palomitos, unidos  
y casados para siempre.

(Hasta aquí llegó el cuento y se lo llevó el viento  
y todos quedaron con la lengua adentro).



Creditos fotografía:  
Freddy Siso





EL  
HOMBRE de la  
*Lluvia*

# EL HOMBRE de la Lluvia

En esta tierra todo es desierto, las matas son cactus, espinas, guazábaras, tunas... piedras... tierra gris, blancuzca, rojiza... laderas inestables, cárcavas. Vientos fríos, bruscos. Quebradas secas que por tiempos bajan aguas torrenciales, impetuosas, venidas de allá, de esos cerros perdidos, de donde nacen las nubes... lejos.

Somos poca gente por aquí, unos que otros, tal cual. Viviendo de lo que podemos arrebatarse a la tierra y lo que él con generosidad nos ayuda a cultivar. A pesar de lo árido, aquí usted puede encontrar, cerca de las casas algún verdor. Es que él... Como puede nos va ayudando a regar, a reunir el agua de beber, de vivir.

Así como la tierra son nuestras vidas, padre de yermo, sombras que se dibujan y desdibujan en la tierra seca. Sol, sol y viento despiadado para nuestras humedades... gracias a Dios, él deambula entre nosotros.

Ver su cara es difícil, un sombrero aludo lo protege, le da sombra; su rostro siempre está escondido entre la penumbra de esa ala y lo oscuro de su barba. Lleva ropas gastadas, viejas, de ocre color, con una chamarra grande marrona y un grupo de mariposas de idéntico color. Su voz es bonachona, alegre, ocurrente. De manera que cuando llega a cada casa con su llovizna, nos ponemos a conversar, a que nos eche cuentos. Nos estamos con él toda la noche en las cocinas, dándole café, procurando que no se nos duerma, para que no escampe.

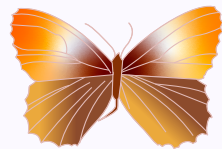
Siempre ocurre igual, al despuntar el sol se nos duerme y deja de llover. A esa hora ya todas las vasijas deben estar llenas, las ropas y los cuerpos limpios. Luego salimos a sentir la humedad, ver escurrir las últimas gotas y a apreciar el viento frío que sopla después de una noche de llovizna.

Él, inmóvil, duerme sentado en las cocinas hasta la puesta del sol. Nosotros atentos esperamos el brillo de sus ojos, el vuelo de las mariposas y su alegre y bonachona palabra.

Despierta y le damos arepa, café, cuajada. Luego recoge todas sus pertenencias: un gran saco y bordón. Sonriendo se despide, se va camino a otra casa, donde un vecino. Hoy por la noche, allí lloverá: sobre esas tierras, sobre esa casa, sobre esa gente, sobre esas almas... hasta el amanecer.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso





AMADORde los  
*Páramos*



## AMADOR de los *Páramos*

El páramo es para mí como la razón de ser, lo más grande, elocuente y sincero que se pueda imaginar... Me vine porque quería oírlo, escuchar su conversa y compartir con él sus mariposas y mi soledad... Dejé la casa, los hijos, la mujer y cuanta vaina la vida me había dado por reunir... Es que, a uno en la vida, lo que verdaderamente le enseñan es a reunir, juntar cosas: casa, mujer, familia, ropa, libros, plata, tierra, cosas que no hacen sino estorbarle a uno en el camino. Reunir, reunir... Quien tiene más es quien más puede, quien traga más harina, es el que más saliva tiene y el todo es tener cosas materiales y un vacío en el espíritu muy grande.

Hasta la misma iglesia está rodeada de eso, de lo imperecedero... En cambio, aquí en el páramo, uno se rodea es de brisa, de sol, de nieve y niebla. El páramo es muy solo para quien no lo entiende. Fíjese en la cantidad de vegetación que vive, respira, come y muere como uno. Muchas veces he deseado ser planta. Esto sin hablar de los animales, los que

andan por estos campos que se parecen mucho a mí, en la mirada, el caminar, el sentir y el vivir... Aquí en el páramo, la tierra es diferente a otras tierras, su olor, su textura y su sabor. ¿Usted nunca ha comido tierra?...

Las cosas aquí son limpias y no importa los años que tengan, siempre parecen que estuvieran frescas. El verano... De noche siempre hay rocío. Fíjese en esa tierra, llena de musgo... verdecito... y si es un poco más observador, se dará cuenta que la tierra está tan viva como las plantas y entre los dos, existe una armonía muy grata, como la que no existe entre los hombres que son de la misma especie.

No voy a decir que entre las plantas no se pelee, a veces se desarrolla una contienda que no se escucha... por lo general, se impone la ley del más fuerte, aunque no siempre es así... El agua aquí es tan cristalina, tan limpia, tan fría... es la pureza hecha verdad y dentro de ella, igualmente vida: peces, plantas y ese milagro de poder juntar las manos y ponerlas como cuenco y llevársela a la boca para calmar la sed... Hablando de eso, si uno estuviera perdido en el páramo o sierra arriba, lo mejor es bajar a la casa de los frailejones y buscar sitio donde pasar la noche.

En esa sierra hay mucho recoveco donde esconderse, después se hace un colchón con hojas de frailejón, que es como si fuese lana... ¿Para el hambre? La raíz de la planta, es como una zanahoria grande, alivia no sólo las ganas de comer, también la angustia del perdido. El páramo... Si uno mira al cielo, es como ver al azul más limpio, la brisa de la mañana no tiene igual. Da un gusto tan grande mirar

el paisaje con las orejas frías y el pecho preñado de páramo, que uno vuelve a ser niño, con la cara sucia y un trozo de arepa en la mano... ¡Y si andas con una mujer!.. Es la cosa más bonita que te pueda pasar en el páramo: conversas, la miras, la tocas, acampas, la besas y la amas.

Eso es lo más... una mujer... bueno... me lo imagino, yo nunca he estado con una mujer en el páramo... Estar aquí es difícil, sobre todo si no se tiene casa, un rumbo, que comer, ni con quién conversar... ¿Sabe? hay cosas que se conversan de día y otras que se conversan de noche y la conversa de noche, es diferente a la del día.

¿Usted no se ha fijado? A veces por ahí aparecen perros realengos o salvajes, que tengo que espantar a piedras o a palazos; son peligrosos. Llegan husmeando todo, buscando que comer, pero rápido, como en carrera. Andan en manadas, cualquier animalito que encuentren por ay, se lo comen... Más de una noche he tenido que pelear con ellos, me enrolló la cobija en el brazo, y agarro un palo... Cuando el cielo está despejado y hay luna clara, me da por caminar, el páramo se ve clarito, el frío es en demasía, pero como camino y camino... Mi familia era grande, nunca me gustó la escuela... Me iba volviendo loco...

Las mariposas... mamá y papá querían que todos fuéramos doctores... éramos muchos, por eso cojí pa'l páramo. Me gusta leer, pero no estudiar... A beber aprehendí... allí en el pueblo pido platica, pa' comprame una botella... Pobrecito el páramo, ahora siempre está sucio... Montaña adentro, páramo perdido, donde muy poca gente ha ido,

encuentra usted porquerías de la ciudad... Me pongo a llorar, lloro mucho cuando encuentro basura en esas soledades... Poco a poco la he ido recogiendo, llevando a Mucuchíes, Apartaderos, Gavidia, Piñango, Los Nevados, Santo Domingo... Mucho trabajo, mucha carga, sacos y sacos de basura...

A veces trato de hablar con los alcaldes, para que me ponga un ayudante, tengo muchos años en esto y uno se cansa... Algo de platica me dan y endespués me dicen: vete vete vete vete... que me vaya... Salgo corriendo y más delante me agarran los muchachos: vete vete vete vete... los miro, sonrío y corro. Es como si no me quisieran... y yo triste porque los quiero. Pero no me importa... Me regreso... y subo a mi páramo... ahí está mi vida, se me olvidan los malos tratos y vuelvo a querer a la gente... y recojo su basura, para que el páramo esté limpio como su brisa y mi sentimiento.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso





ENTRE el  
*Regocijo*  
y la  
*Trampa*



# ENTRE el Regocijo y la Trampa



A propósito de Juan Rulfo y Diles que no me Maten; la película

Cuando maté a Don Pedro Ovando, lo hice no tanto por la cantidad de vainas y abusos que había cometido en contra de casi toda la gente de por aquí en La Trampa. La mano se me dejó ir despacio y sin pausa, pensando más en la María que en cualquier otra cosa.

Desde muy pequeño, Don Pedro fue un abusador. Confiado o apoyado por todas las autoridades del pueblo, que casi siempre eran sus parientes, hizo lo que le vino en gana.

Cuando cumplió los catorce, hicieron que se sintiera un padrote. Por eso en estos campos, no dejó virgen, ni pa' remedio. En todo lo que a usted le puede abarcar su vista: El Hato, La Trampa, El

Tigre, El Regocijo, La Quebradita, Estanques y todos estos campos, las muchachas fueron violadas o engañadas sin reparo

Sí estudió, un tiempo duró fuera, y cuando regresó, a todos se nos hizo saber que había que decirle doctor. Ya una vez en el pueblo, siguió ocupándose de las niñas y como era diligente, también se ocupó de las solteras, casadas y de los asuntos legales de todos y cada uno de nosotros.

Después no quiso que le dijéramos más doctor, prefería el apelativo de Don. Don Pedro para acá, Don Pedro para allá y contadas veces doctor, cuando se trataba de asuntos legales. En cuestión de propiedades, fue haciéndose de cuanta finca o bien existiera y en materia de población, igualmente. Sesenta y cinco hijos y familiares por carajazos. Nunca necesitaba gastar nada, siempre la gente le debía, así fuera su parentela. A veces lo veíamos acercarse y no faltaba quien comentara en voz baja: Ahí viene el macho que más mea.

Yo, qué carajo. Juvencio me llaman, como cualquier campesino: ignorante, humilde. Nací en estos montes estériles, en donde llaman El Tigre. Creo que algo heredé de mi progenitor y de quien le dio el nombre a este lugar. Son serranías secas, sin casi vegetación, poca agua, buen frío y viento, mucho viento que trae los sonidos de aquellas otras laderas.

Allí en El Tigre crecí, sin escuela, pastoreando chivos y ovejas, mirando el paisaje, sintiendo los vientos y deseando por sobre todas las cosas, poder ir un domingo a una misa en Lagunillas. Dicen que el

tigre, comía en El Regocijo, allí tenía a los pobladores a monte, no les dejaba animal vivo. Poco a poco le fueron tendiendo trampas hasta que lo mataron. El Tigre, El Regocijo y La Trampa, allí están mis fundamentos, mis orígenes.

Desde muy pequeño fui curioso, curioso no de mirar, sino de hacer. Aprendí a sobar, a rezar y a curar los males que no cura la medicina. Era un iniciado en los asuntos de la naturaleza y en los secretos sobrenaturales.

Una vez nos fuimos Paulino, Marcos y yo, a buscar la semilla del helecho paramero. Eso es sólo para iniciados... Es el día de San Juan, 24 de junio a media noche. Uno se va preparando y cumpliendo con los secretos que una cosa como esa exige. Y cuando está preparado, un día antes, tiene que tomar prestado de la iglesia el manto de la Virgen. La noche de San Juan, uno se encomienda al Santísimo. Así camina a la montaña donde está la mata que uno escogió con tiempo. Se le reza a San Juan al pie de la mapora:

...Bendito San Juan Bautista, se generoso una vez más y provéenos la semilla del helecho paramero. Allá arriba hay sol, aire, hay nubes, allá arriba un cielo azul y detrás de él, tal vez haya canciones, tal vez mejores voces, hay esperanza. Bendito San Juan Bautista, sé generoso una vez más y provéenos la semilla del helecho paramero...

Y sí todo va bien, empiezan a escucharse cánticos y sonidos de tambores lejanos. A uno, hincado, le entra como una especie de trastorno y el cuerpo se le vuelve como si estuviera en el aire, así

estando en ese trance, comienza a caer la semilla del helecho. La semilla es diminuta, y cuando cae sobre el manto, es que se ve, de otra manera, se pierde en la hojarasca y la tierra.

Cuando deja de caer, es cuando uno la puede recoger, sólo la que está sobre el manto de la Virgen y hay que recogerla sin codicia, para que pueda servir, y entonces, uno la mete en una busaquita y la guarda cerquita del corazón. Esa semilla, sólo sirve para hacer el bien y para el que la posea, salga de cualquier apuro.

Fíjese, si encuentra a un cristiano enfermo, después de encomendarlo y encomendarse uno al Santísimo, le pone un poquito de semilla sobre la frente, si llora es que va a vivir, y si se ríe, es que va a morir. Ya no recuerdo a cuanta gente, le tuve que dar el pésame todavía en vida. Para salir de apuros, uno lo que tiene que ponerse, es un poquito debajo de la lengua.

Don Pedro Ovando se metió con María, eso no se lo perdoné. Ya había aguantado muchas humillaciones. Fue por todo eso, que la mano se me dejó ir... sin piedad... con una buena cuchilla... hasta la cacha.

Empecé a huir, y me anduve correteando por esos caminos, al fin y al cabo tuve suerte, algunos años, logré espantar la visita de la muerte. Pero no sé si fue un cuento o un sueño, quien me avisó de María.

Cometí la pendejada de volver al pueblo: La Trampa, allí no existía habitante que no fuera pariente

del finao Don Pedro. Al darse cuenta que yo había vuelto, la gente del difunto comenzó a agruparse. Empecé a huir hacía El Regocijo. El cuento o sueño que tuve con María, se hizo realidad. Me alcanzaron... me dieron palos y patadas hasta el cansancio, iba por el camino rodando, más de una vez intenté aprovechar un descuido, pero todo parecía inútil, mi mente estaba dispuesta, el cuerpo no podía. Los deudos del finao volvieron aquello como una fiesta y hasta unos tragos me obligaban a beber. Poco a poco, pero a punta de carajazos, me llevaron al sitio de mi nacimiento. Era una madrugada limpia, con esa luz que el cielo tiene al amanecer.

*Alguien gritó: ¡Fusílenlo!*

Como pudieron, por lo mal herido que estaba, me parapetaron frente a una pared de tierra pisada, por allá se escuchó el sempiterno: ¡preparen!

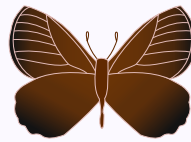
Saqué fuerzas de no se donde, vinieron a mí los cantos lejanos de aquel 24 de junio, la semilla del helecho y los recuerdos de cuando sin codicia recogía la semilla caída sobre el manto de la Virgen.

Las manos las llevé al pecho, y ahí estaba la busaquita cerquita del corazón. La abrí y saqué unas semillas que puse debajo de mi lengua.

En ese momento, gritaron la palabra fuego... Yo sonreía y me elevaba por los aires convertido en mariposa.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso



De Noé  
a esta  
PARTE



# De Noé a esta PARTE

Cuando Noé engendró a Sem, Cam y Jafet, tenía quinientos años de vivido y el mundo conocido, prácticamente era donde Dios había creado a Eva y Adan, el Aram. Aconteció que los hombres empezaron a multiplicarse y a plagar la tierra de maldad y violencia. Y se arrepintió Dios de haberlos creados. Entonces Dios, habló con él acerca del Arca. Para ese tiempo, Noé tenía cerca de seiscientos años, yo, apenas dieciocho. No era el comienzo de los tiempos, era la continuación de los miles y miles de años que tiene nuestro planeta.

Dijo Dios a Noé.

*-He decidido el fin de todo ser. Hazte un arca de madera que tenga trescientos codos de longitud, cincuenta de anchura y treinta de altura.*

Noé con su gente, estaba en el Aram y yo en este otro lado del mundo. Por aquellos lados existía Dios, por éste, teníamos Dioses.

Dijo Dios.

*-Entra al arca con tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos, porque traigo un diluvio de agua sobre la tierra, para destruir todo espíritu de vida debajo del cielo, pues eres el único justo que he encontrado sobre la tierra.*

En este lado del mundo, vivíamos de cultivar y adorar a la Madre Tierra: maíz, yuca, papa, auyama, papaya, tomate, algodón, cacao... La llama, la alpaca, el danto y el bisonte, eran nuestros animales más preciados, y de ellos sacábamos lanas, cueros y carne para nuestro sustento.

Dios dijo.

*-De todos los animales puros, lleva contigo siete parejas de cada especie, cada hembra con su macho y de los que no son limpios, tomarás un macho y una hembra. De las aves, de las bestias, de los reptiles, según su especie, andarán contigo para que tengan vida. Y tú toma todo alimento y almacénalo para que le sirvan de sustento a ellos y a los tuyos.*

Noé obedeció y de todo ser que respira y vive, entraron al Arca, de dos en dos, en fila y sucedió que, al séptimo día del segundo mes, después de haber hablado Dios con Noé, las aguas del diluvio cayeron

sobre nosotros. Brotaron todos los manantiales de la tierra y el mar. Las compuertas del cielo se abrieron, para darle paso a las aguas. Noé fue avisado. Nosotros y nuestros Dioses, como si no existiéramos.

Así empezó el diluvio, las aguas y las desgracias se señorearon sobre la Madre Tierra. No entendemos como Dios sólo consideró a Noé y a los suyos los únicos justos y mercedores de vida. Nosotros, los que habitábamos de este lado del mundo, fuimos condenados, sin que ese Dios conociera nuestra tierra, costumbres u obras.

Al igual que en el mundo conocido de aquella época, aquí las aguas cayeron durante cuarenta días. Fue una lluvia furiosa y sin piedad la que se sumió sobre la Madre Tierra. Nuestros Dioses desesperados, no encontraban explicación, porque para ellos, el mundo conocido era el nuestro y no aquél. Las aguas subían y subían cubriendo las siembras y los montes.

Nosotros, montaña arriba, escalando con animales, enseres y semillas. Todo aquel que no fue capaz de entender adonde escapar, pereció: aves, insectos, animales... Casi todo lo que tiene vida o se mueve sobre la Madre Tierra, pereció. Comunidades enteras fenecieron ahogadas.

Durante mucho tiempo, no se vio en el cielo vuelo alguno, ni siquiera mariposas. Y a pesar del frío, la lluvia y lo intrincado de las rocas, no detuvimos el paso sobre la sierra más alta, procurando conservar la vida de todos los nuestros.

Animales, aves del cielo y reptiles de la tierra, nos seguían. Noé en cambio, junto con su esposa,

sus hijos y las esposas de sus hijos, rodeados de animales puros e impuros, esperaban sentados en la barca. Así ellos se salvaron del diluvio. Nosotros montaña arriba, entre las rocas, atravesamos las nubes y dejamos el diluvio abajo, muy abajo. Arriba encontramos luz, abrigo. Era la respuesta y el regalo que nuestros Dioses nos daban. Todos los montes altos que había debajo de los cielos fueron cubiertos y murió toda carne sobre la tierra, así de ave, como de animal o bestia. Todo lo que había en la tierra murió. Luego Dios hizo pasar un viento y se cerraron las fuentes del abismo, para que las cataratas del cielo, dejaran de caer.

Después de esos cuarenta días y cuarenta noches de invierno, hubo que esperar muchos días a que las aguas bajaran. Un ave, con una rama de olivo, fue a avisarle a Noé. Así el Arca atracó en el cerro Ararat en Turquía y bajaron hombres, mujeres y animales. Aquí en cambio, nuestros Dioses nos permitían asomarnos hacia abajo y mirar el nivel de las inundaciones

De Noé y su familia, después de brindar Holocausto, no se supo más nunca nada. Ahora suponemos que toda la gente blanca son sus descendientes, pero los que tenemos color en la piel, no somos descendientes de esa gente o ese Dios.

En las praderas del cielo duramos muchos meses. Arriba, arriba en la sierra, nuestros Dioses nos ayudaban y cuando vieron que las aguas volvieron a su nivel, nos dejaron bajar a nuestros campos, nuestra tierra.

Muchísimos años después, nos enteramos que el Hijo de aquel Dios vino a la tierra, y que aquellos

hombres, los descendientes de Noé, lo atormentaron y crucificaron sin piedad. No creían en su palabra. Y ese Hijo de Dios, murió y resucitó y los abandonó para siempre. A los parientes de Noé, se les ve temerosos y repletos de armas, dicen que eso es lo que les da sentido a sus vidas.

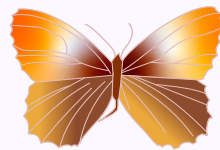
Nosotros aquí, en cambio, siempre recibimos la visita de nuestros Dioses, y los veneramos dándoles alimento, abrigo. Vivimos en completa estrechez, pero en armonía.

En estos lares siempre llueve, en Siria casi nunca o muy poco. Ahora el mundo conocido no es sólo aquel, se conoce el planeta todo. Lo que hace que ahora nuestros Dioses y nosotros tengamos más miedos que antes.

Dios en aquella época, consideró a Noé como el único justo que existía. Era muy poca la gente y según dicen, la maldad era generalizada. ¿Qué considerará ahora? ¿Diluvio o cataclismo? ¿Nadie se salvará?... ¿Ni gente, ni animales, ni mariposas? ¿Será que ese Dios podrá desaparecer a nuestros Dioses, para que sobre la Madre Tierra sólo camine el silencio? ¿O será que esa historia de Noé siempre fue mentira?... No sabría que pensar.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso





Agua en el  
CIELO  
como en  
La Tierra

a Giandomenico Puliti in memoriam



Agua en el  
CIELO  
como en la  
Tierra

a Giandomenico Puliti in memoriam

Agua, en algunos sitios bajas apuradita, en otros, se podría decir que lenta, monótona. Dicen que eres traicionera, que tus corrientes pueden llevarlo a uno a la muerte. Yo prefiero creerte benevolente, dadora de vida, fresca y placer.

El agua no sólo tiene corriente y dirección, también tiene sonidos. Puede un pequeño manantial ser más ruidoso que un inmenso río. Sí, hay ríos que avanzan en silencio, llevando consigo un grandioso volumen indetenible y hay pequeños hilos, como las hebras largas y delgadas de nuestras venas... sangre... sangre de agua, sangre de sabia.

El sonido baja presuroso por las vertientes, se va sumando en goteos de manantiales, convirtiéndose en quebradas o ríos de la montaña. Esos ríos, en tiempos de aguaceros, lanzan sobre estas serranías sus bramidos venidos de las hondonadas. Parecen

quejas, parecen llantos muy fuertes. En tiempo de lluvia, no hay vuelo de mariposas.

La casa, mi casa. ¿Cómo es el sonido del agua dentro de casa?... La casa... cobijo siempre de la intemperie siempre. Llovizna que como lágrimas nos recuerdan tu sonrisa de Domingo o de Domenico. Una llave que gotea tu dolor... la batea... ropa limpia.

Llovizna de invierno cálido, de geografías mojadas, de pasto verde, de niño hambriento, sucio, mirando la llovizna plagada de humedad.

Cuando con mi soledad ando caminos, la lluvia muchas veces me acompaña. Son variados los sonidos, como mis pasos sobre los charcos. Charcos que retratan cielo y montaña, que, con la ida de las aguas, la tierra y los vientos fríos, se van tomando poco a poco esas imágenes.

Sopla el viento, el sol del atardecer trae por ráfagas manojos de mariposas, que se llevan tu recuerdo, para irlo sembrando como semillas en esos cerros amarillentos y que con la caída de las aguas volverán a renacer.

Agua, agua de todos los senderos, humedades de tierra pisada, rabia de truenos y centellas, reclamando tu ida sorpresiva e inesperada. Bramido de caídas de aguas.

Colores de lluvia, venganza de aguaceros que prometen limpiar todo vestigio de injusticia. Almenar de media noche, sorprendido en calle ajena, repleto de soledad. Lluvia, lluvia triste, vagando de puerta en puerta, pidiendo quizás consuelo.

El mercado estaba pleno de colores, olores y voces. Hubo silencio. Una garúa cubría inconscientemente los caminos, y allá en el Alto de la Cruz me senté a llorar mi desconsuelo. Anduve sin rumbo. La lluvia construyó ríos de sonidos dolorosos y tú con tu sonrisa franca, te fuiste alejando sin piedad, dejando atrás un camino polvoriento, sudoroso.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso





*Las*  
*Montañas*  
más OCULTAS

# Las Montañas más OCULTAS



Esas montañas quedaban tan lejos, que era difícil darles alcance. Hubo noticias que se podía por Occidente, pero otras decían que por Oriente. El que pudo llegar -sí es que pudo- fue a una hora muy especial, siguiendo el sinuoso vuelo de las mariposas oscuras. Pero, además, había un río sumamente caudaloso y ancho que sólo se podía librar, descifrando determinadas adivinanzas, como aquella de que no ha nacido la madre y ya el hijo sale en carrera, y cuando el sol hacía por un instante visible el puente de plumas. Bajo esas condiciones, dicen que se podía llegar.

Ella era la más bella mujer, de pie descalzo, fino, delicado, a pesar de tocar siempre con ellos la ilustre tierra. Su vida transcurrió en aquellas montañas ocultas por la distancia y la niebla, a los ojos de la gente. Sí, eran las más lejanas y fértiles jamás vistas. Vegetación magnífica, con las más diversas flores, sonidos, y vuelos de aves y mariposas.

Su padre yacía en un promontorio detrás de la casa. Nunca supo desde cuando ni por qué. Su madre la miró espigarse entretenida por el trabajo, la casa, las matas y los sonidos de aquellas montañas. Allí creció y su madre envejeció. Ambas protegidas por el brazo y la sombra del hermano mayor.

*“Habíase enamorado de un río que es el más bello de los que discurren por el orbe”.*

Él corría alegre vecino a esos seres. Fue un río siempre joven y vigoroso, rodeado de humedades, helechos y un ganado lanar, caballar y vacuno que nunca moría, ni se reproducía. “Pastoreados por unas ninfas de hermosas trenzas” que además cuidaban las aguas, los bosques, los campos, la fertilidad y la gracia. De muy niña la llevaron a ese río, lo conoció y pronto quiso que él supiera de sus ojos, rostro, cabellera y desnudez.

Aquellas ninfas pastoras de largas trenzas, la llevaban de la mano hasta sus orillas y allí cantaban y le decían cosas al oído, entre risas pícaras y juguetonas. A veces, a escondidas de su madre y hermano, se escapaba para el río, y allí, metía con premura sus pies desnudos en aquella fuente, acariciando el interior de aquel cuerpo fuerte y húmedo. Se adivinaba que él languidecía de amor.

Ella sonriente le hablaba de su mirada perdida, de las hojas y ramas que navegaban en su cuerpo y del vuelo de las aves en el interior de sus aguas. El río se estremecía y un temblor involuntario recorría todo aquel caudal. A lo lejos, las ninfas de largas trenzas, pastoreando sonreían.

Ese río era sereno, atento y muchas veces melancólico cuando la trataba. Ella, en cambio era alegre, le contaba historias y cantaba diferentes melodías.

Un día murió la madre y al patio de la casa le creció otro promontorio que dejó a la ilustre tierra como preñada, ella nunca lo vio. Los meses y los años pasaron... el silencio entre los hermanos crecía... crecía. Sólo las ninfas la entretenían. De la mano la llevaban de un paraje a otro. Ella conoció palmo a palmo aquellos cerros jamás vistos. De manera que cuando su hermano decidió irse de aquellas montañas ocultas por la distancia y la niebla, ella, la de los pies descalzos, finos, delicados, se quedó en su casa, sin poder prender el fuego.

Los días se sucedían uno al otro, y ella, sentada en el portal, sin atreverse a dar un paso. Un día, una vaca doncella, de las que no se reproducen ni mueren, llegó a comer frente a la casa.

*- ¡¿Quién anda allí?! -  
se escuchaba su voz.*

La vaca pastaba, rumiaba y ella sin atreverse a mover sus piernas, gritaba.

*- ¡¿Quién anda allí?!*

Las ninfas se acercaron por aquellos gritos... con premura la llevaron a cuidar para que se alimentara... Después, con sus pies descalzos, la dejaron junto al río... Jugó con él, le acarició su espalda con una gran pasión y le dio infinidad de besos. El río se retorció y ondulaba, cantando sonidos de agua

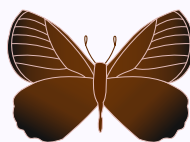
fresca, a veces de manantial, de quebrada soleada. Entonces ella sintió que su resistencia se quebraba, que poco a poco iba cediendo a las apetencias del río. En la orilla se desnudó y echó sobre la hierba húmeda. El río vigoroso la contemplaba hermosa, perfecta. Se echó a su lado, la acarició con sus dedos pardos... toda. Sus manos poderosas se perdían en la infinitud de caminos que aquel cuerpo desnudo poseía. Besó su boca, con una lengua dulce, fuerte. Acarició su pelo y con poderosos brazos, la izó por la cintura. Plagado de humedades y néctares la poseyó con cuidados y atenciones. Las mariposas con sus lenguas chupadoras, se posaron en aquellos cuerpos desnudos, sudorosos, buscando calmar la sed, chupar los néctares...

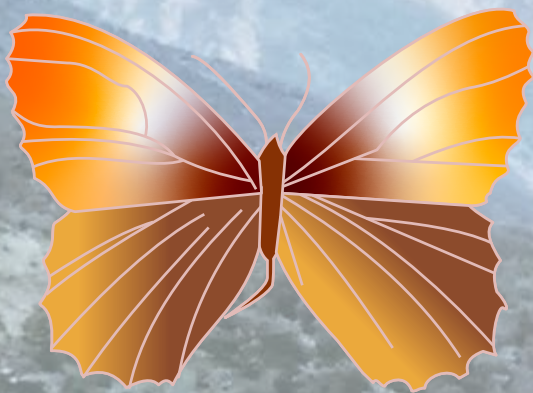
Desde aquel día, ella se quedó para siempre con las ninfas de largas trenzas; acompañándolas en su labor de pastorear, cuidar las aguas, los bosques, los campos, la fertilidad y la gracia.

Ella, como las ninfas anduvo con el torso desnudo, las trenzas largas, los pies descalzos y enamorada de aquel río y aquellas montañas que jamás vio.

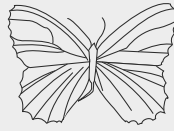


Creditos fotografía:  
Freddy Siso





APENAS  
*Volando*



# APENAS Volando

Eran apenas tres tragos, eso sí, cortos y lentos. Siempre debía procurar mantener el nivel en el torrente y la boleada de chimó en la boca, para así poder dirigir mis pasos sobre la madre naturaleza. De joven nunca lo pude hacer, carecía de no se qué. Ahora de viejo... Por ahí me la paso, escupiendo chimó, andando de un lado a otro, observando todo muy bien...

Aquel día iba camino a El Quinó. Era húmedo, de esos en que ha llovido toda la noche y uno sale contento a empantanarse las botas y el pantalón, a sentir la caricia fría de la brisa mañanera.

Estos son unos cerros muy altos y perdidos. Me imagino que uno desde el aire debe verse chiquitico entre ellos, minúsculo. Cuando hay invierno, las mañanas amanecen repletas de aguas o humedades. Entonces salgo a disfrutar de las gotas prendidas

de la hierba verde, me acerco a ellas para verlas caer o balancearse entre la brisa. No hay nada más agradable que el frío de estas montañas infinitas, retiradas, invisibles.

Salí temprano y agradecido. ¿Cómo no estarlo? Era uno de esos días en que tenía comida en la casa y pude desayunar. Además, media de miche enterita y un puñado de chimó en el bolsillo. Cantando iba cuando apareció el deseo de caminar sobre los aires, no era la primera vez. Recuerdo que de niño saltaba desde un alto, con mis brazos extendidos como si fueran alas, como cometa voladora. Ya me había tomado unos dos tragos. La botella me la empiné de nuevo y por supuesto, la boliada de chimó. En lo que trastumba el camino, en una curva, ahí fue cuando me vi entre los vientos.

Yo era flaco, mejor dicho, sigo siendo flaco. Muchas carencias, debilidades...es que en mi casa... muy poca la comida. Probando hierbas, haciéndome guarapitos y comiendo cualquier rasguño de la tierra, de los aires, de los montes, de las bostas.

Ahí estaba en el aire, sonreído y lleno de vértigo, pero sonreído como un muchacho dichoso. De verdad no sé qué me pasó, ¿serían mis pasos, mis alas, o el pensamiento mismo? ¿Sería el desayuno? Bajé sin ningún esfuerzo a la quebrada, saqué la media de miche y mi boca saboreó aquel trago plagado de chimó.

Enseguidamee levé presuroso. Estuve andando de un lado a otro, entre cerros, ríos y barrancos. Me sentaba sobre las crestas de los árboles o en el mismísimo borde de los precipicios, como nunca

nadie antes lo había hecho. No me daba miedo, a pesar de andar entre esas montañas inmensas y esos vacíos intimidadores.

Sin darme cuenta logré el sueño de todos los que deseamos volar. Lástima que nadie me vio, nadie me sintió. Pero después seguí volando, cada que tenía una media de miche, un poco de chimó y la soledad como compañera.

Uno de esos días me puse a seguir el vuelo de un cúmulo de mariposas. Después de volar mucho tiempo con ellas, me di cuenta que sólo buscaban el cielo. Allí sí me dio miedo y detuve mi ascenso. Caí en cuenta que los que no volamos con alas, volamos agarrados del planeta.

Por ahí andamos, atravesando mundos, volando espacios y dimensiones. ¿O es que usted nunca se percatado del cielo de noche? ¿No ha visto la Vía Láctea? ¿No se ha dado cuenta cómo parpadea? ¿No se ha enterado que vivimos en el aire, en el espacio infinito, agarrados de la nada?

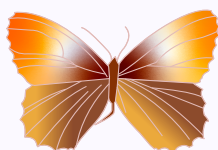
Vivimos más conscientes de nuestro entorno miserable, de ese pequeñito... que del entorno grande, profundo, mayúsculo... Nave espacial, viajeros voladores que no agradecemos tanto milagro, tanta benevolencia.

A veces me compro una media y un puñado de chimó, a pesar de mis necesidades, de mis huesos. Me echo unos tragos y vuelvo a embriagarme. Ando en esos caminos polvorientos, cuando el invierno se nos ha ido. Sólo camino, camino sin elevarme. Me da miedo que la Madre Tierra se me aleje muy de

prisa y me deje agarrado del aire como aquellas mariposas que se fueron hacia el cielo. ¿Usted no se ha dado cuenta que, de noche, cuando el cielo está limpio se les ve el brillo de las alas? Muy arriba, allá en lo más alto del firmamento, se les ve aleteando y yo aquí, conforme, diciéndome que ahora ellas vuelan por mí mi sueño.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso



# Homenaje



# Homenaje



Mi nacimiento fue en el caserío Apure, allá, en lo más escondido de Los Nevados. Se podría decir que, en los confines de la tierra, los cielos y el mar. Allí donde ocurren esas nevazones, donde lo oscuro de la sierra se viste de blanco y el frío siempre está presente. Soy de donde nacen los ríos y las quebradas más profundas que bajan a la tierra llana en busca del mar, soy de la sierra oscura y misteriosa.

Cuando a mamá le dieron los primeros dolores de parto, quien llegó a la casa, fue Ilitia, diosa que preside por aquí, en Los Nevados, todos esos dolores. La estuvo acompañando hasta mi alumbramiento.

Aquí en el caserío Apure hay mucha soledad, y las casas son tal cual por ahí. Es por eso que la gente vive y nace casi sola. No voy a negar que Felicitas me dio la bienvenida, plagando mi nacimiento de dicha. Nací mitad caballo y mitad hombre.

Ilitia lavó con ambrosía mi cuerpo encantado, lo untó con un aceite suave, divino y tan oloroso que al moverlo, su fragancia se difundió por los cielos y la tierra. Luego me fajó con lienzo blanco y cordón de oro traído de Mérida.

Según mi madre, la que más quiero, la que en los días húmedos se acerca a acariciarme, la que viene en las mañanas de las hondonadas y desdibuja los árboles arropados en su manto. Mi madre blanca, hermosa, a la que Zeus le dio forma de Hera, para que mi padre Ixión la fertilizara, me dijo:

*-La divina tierra producirá verde  
hierba, loto fresco, azafrán, jacinto y  
begonias para que crezcas.*

A mi alumbramiento llegó mucha gente nunca vista en estas soledades. Llegó Leto con sus hijos: Apolo y Artemisa, vino Prometeo, Europa, Penélope y Euridice la amada de Orfeo. Vino Miguel Ángel, Epifania, Tomás Sánchez, Morfeo, el hijo del sueño y de la noche y algunos otros vecinos como el difunto Calazán. Hubo brindis y alegría, fue por eso que Zeus, en medio de su ebriedad, persiguió a Asteria, con el deseo de poseerla, ella, para librarse de él, se convirtió en codorniz.

Por ahí a veces se le escucha, anunciando la primavera, que por aquí en Los Andes anuncia el tiempo de la siembra.

Crecí metido en esos páramos, siempre al cuidado de mi madre, de su cobijo y orientación.

Me educó Artemisa, dueña y señora de todos estos bosques y montañas.

Ya un poco crecido, me atreví a alejarme de mis campos. Me llegué a la primera casa que encontré, visité a Eleuterio. Estaba viendo de una mula enferma; cuando me sintió llegar, detuvo su quehacer mirándome fijamente, con mucha curiosidad, me interrogó.

*- ¿Cómo está el amigo?*

Y de allí iniciamos una conversa, hasta bien entrada la tarde. Merendamos y tomamos café, que buenamente nos dio su esposa.

Otro día me acerqué a la casa de Lorencito Peña, lo encontré entretenido, en el portal de su casa. Estaba afinando su violín, con una guitarra al lado.

*- ¿Sí será verdad que usted entiende algo de música? - Me preguntó.*

*-Tocar, tocar, nunca lo he hecho,  
pero si quiere tocamos - Contesté.*

Estuvimos horas conversando,  
riendo, echándole a la música.

*-Le regalo esa guitarra para que  
se entretenga en esas montañas,  
pero eso sí, cuando lo necesite  
para algún rezo o fiesta, viene y me  
acompaña - así me dijo.*

Me fui contento, tocando y cantando por esos caminos... Creo que fue por esa guitarra que me metí a parrandero. En adelante, no había rezo, fiesta o parada que no nos invitaran. Eran bailes sabrosos

y joropeaos que se hacían en San Rafael, El Hato, San Isidro o Apure. Muchas veces salíamos amanecidos, con ganas de seguir la fiesta en el pueblo.

En ese tiempo, estaba yo encompinchao con Lorencito. Se montaba en mis lomos, él con su violín, yo con mi guitarra. Bonito andar por esos caminos, echándole a la música y al miche callejoneo. Muchas veces Álvaro se venía con nosotros, así sí era verdad que parábamos la fiesta en cualquier lado: guitarra, cuatro y violín.

Álvaro tenía dos hermanas que eran muy bonitas las chinas. El Lorenzo una vez me dijo:

*-Vamos a enamorarlas.*

*- ¿Y a usted cuál le gusta? - pregunté.*

Benigna siempre fue el amor de Lorenzo. Y yo, enamorado paseaba con Graciela, a veces de la mano, pero cuando me cabalgaba, el alma no me cabía en el cuerpo y el corazón casi se me salía.

Por allá donde nací, tengo mi barbecho. Ahí siembro papa, cebolla, ajo, crío mis gallinitas y en algo me remedeo... con Álvaro fui varias veces a la Loma Redonda, a llevar o traer cargas... turistas. No me gustó en nada esa joda de la ensillada. Preferí no ganarme esos realitos. Además, en esos caminos uno se maltrata mucho.

Los niños arrieros son los más que sufren, sobre todo cuando hay lluvias o nevazones en esos páramos... se ponen moraditos de frío y me da lastima con ellos. Por eso siempre digo: es bueno subir bien abrigado... como yo iba.

A varias muchachas intenté enamorar, pero no me hacían caso, decían que yo... con mi cuerpo de caballo. La que sí se atrevió a darme un beso, fue la Graciela. No sé, su boca me supo como al pétalo de una flor roja, o como un bocado de hierba nueva, de pasto tierno.

La época del año que más me gusta en Los Nevados, es la Semana Santa... Jugar a los bolos y a los trompos que hacíamos de palos de cínaro... Me gustaba mucho bailarlos; con fuerza se lanzan y los trompos cuando están girando, hacen un ruido como el de los cigarrones negros. En los bolos eso era pura apuesta, se ganaba y se perdía. Me iba con mis realitos a veces, otras, totalmente rucho.

La gente vieja de Los Nevados siempre me quiso, pero los muchachos empezaron a meterse conmigo, a tirarme piedras, a verme como un animal dañino. Un día huyéndoles, me escondí en la casa del difunto Pablo Peña, estaba con su hijo: nos contó lo del Pico Bolívar; Pablo Peña decía que los primeros que lo habían subido, eran él, su hermano Domingo y Victoriano Saavedra. Ellos fueron por encargo del doctor Enríquez, pero como eran campesinos y no sabían leer ni escribir, el mérito se lo reconocieron fue al doctor.

¿Quién sabe?... ¿Será verdad?

De manera que, con eso de los muchachos, y con lo de mis amigos que ya se estaban poniendo viejos -no ve que a ellos nunca los bañaron con ambrosía- y como también se casaron, sus hijos... dejaron de parrandear. Graciela se me fue pa' Mérida a trabajar, porque esto por aquí está muy

mermao. Con las demás muchachas nunca tuve esperanzas de ennoviarme y desposarme, que era lo que yo quería... Me fui metiendo pa' mí barbecho, quedándome en el monte, solo con mi guitarra.

A quien sí visitaba era a Elauterio. Él me ayudaba en las siembras y yo en las de'l, a mano vuelta, como dicen. Si necesitaba algo, él me lo buscaba y me pedía que no saliera, que no tenía necesidad de arriesgarme.

Así fui enmontándome, volviéndome barbado y arisco, pero siempre con mi guitarra terciada, cantándole a las montañas, a mis recuerdos.

Pasado un tiempo, volvió mi madre. Le preocupaba mi abandono y soledad. Me invitó a subir al cielo, a cabalgar junto a mis hermanos en torno al sol, perseguidos de mariposas.

Me fui con ella y en esas correrías, tuve la dicha de aparearme con una hembra, nacida en Tesalia, Cirene era su nombre.

Por tiempo, me acordaba de Los Nevados, de aquella foto donde estoy con Álvaro abrazado, tomada por un tal señor Chaparro y que la señora Florencia, tiene allá puesta en la sala de su casa. Me acordaba de Graciela y los cantos de parada y de mi amigo Elauterio. Y de todo me acordaba hasta que morí. Entonces mi madre, habló con Zeus y le pidió que me enterrara allá arriba, en el cielo más alto, en el firmamento azul.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso



El negocio de las mariposas

# Mariposas

VM 109



# Mariposas

a Mauricio Siso



Fue en casa de mi hermano cuando sin aviso, volvieron a manifestarse. Llegó una mariposita carrubia a intervenir en la conversa. Su bienvenida fue en silencio, en vuelo ondulado aterrizó en mi cabeza, luego saltó a mi boca, para probar con la suya mis labios. Mi hermano veía sorprendido. Voló a mi pecho y luego a mi cara. Le acerque mi mano y como cosa mágica, se montó en mis dedos, para coquetearme con sus alas y mirada, caminó por mis manos, pasó de un índice a otro, boca arriba, boca abajo. Insistente volvió a mi cara.

Así como llegó, ondulante se hizo aire, viento. Lo más curioso de ese momento, es que mi hermano y yo, precisamente, hablábamos de mariposas.

Ellas empezaron a seguirme aquel día de abril, cuando por un desasosiego cogí el camino de la sierra y me fui páramo adentro. Rabia... sierra descomunal, casi infinita cuando se anda a pie.

Me fui adolorido conmigo mismo, echando mano del camino a La Mucuy, por los lados de Tabay. Caminé mordisqueando yerbas, deseando escapar de mí mismo, con la esperanza de que las nauseas se me pasaran o que, al fin y al cabo, vomitara todo aquel amor, profundo... ¿Sincero?

Atravesé La Mucuy y llegué a Raíz de Agua, todavía de mañana. No quise hablar con la gente allí, me hice el tonto y pasé sin visitar. Salvé una montaña, luego otra y otra. Cuando era la tarde, cerca de Laguna Verde, se me aparecieron cientos de mariposas. Me acompañaron un largo trecho. El morral pesado, las botas viejas, la linterna, la navaja, la ropa y la comida... Andaba cargado, en lo material, en lo espiritual.

Pasando por Los Micuyes, tuve un advenimiento de nauseas, una manada de mariposas se lanzaron a darme vueltas, a entretener mis pensamientos y alejarme un poco de ti. Se hacía noche y tuve que buscar un lugar donde acomodar mí cuerpo.

Era verano. Un viento frío soplaba en el techo del mundo. La noche, más estrellada que clara, creo que el cosmos todo se me ofrecía misterioso, velado, inexplorado. Bien abrigado soporté el frío. Sobre un colchón de hojas de frailejón desperté, estaba enrollado como un ovillo, abrí los ojos y me di cuenta que el rocío se había hecho perpetuo.

Recordé el día anterior, me entristecí. No me había dado cuenta que mi cuerpo estaba cubierto de mariposas. Se inquietaron al percibirme despierto, luego volaron.

Es mañana, mientras comía, tu recuerdo volvió a mí, mujer. Nuevamente aparecieron las náuseas. Me paré, respiré profundo, caminé; más náuseas llegaban y lloraba. Al final pude vomitar, quedé exhausto, con los ojos llorosos y esa desolación...

### *Sin ti.*

Cogí mis cosas y volví al sendero. No eran diez los pasos que había dado, cuando del camino, volaron miles de mariposas de distintas formas y colores. Te volví a recordar y una rabia con sabor amargo sentí en mi boca. Como remolino las mariposas me cubrían, se lanzaban contra mí, pidiendo que las atendiera y me olvidara de mi rabia y de tu rostro.

El tiempo se me pasaba andando, trastumbando de un cerro a otro, recordando y recordándote. Las mariposas siempre me seguían ondulantes, “bailarinas, silenciosas” ...

Una tarde, vi desde lo alto la laguna del Santo Cristo, me dejaron, se alejaron sinuosas. Caminé cerro abajo, el dolor y las náuseas renacieron, quise llorar, desahogarme... no podía. Sólo sentí alivio cuando vi que miles de ellas, venían de los lados del Tisure. Se acercaron coqueteándome nuevamente, mi ánimo renació, probé bocado, pensando en el bien que me hacían. Como eran las tantas de la tarde, poco a poco se fueron durmiendo con la llegada de la noche. Rodeado de frío y silencio, volví a dormir, después de vomitar lo poco que había comido.

El páramo amaneció nublado, con una menuda llovizna que goteaba el frío en cada hoja. Desperté amoroso, pensando en tu piel, tú boca... volvieron las

nauseas, corrí en el páramo, entre charcos y miles de frailejones, tratando de olvidarte. No lo pude lograr, sólo vi entre la niebla a un mundo de mariposas.

El frío era intenso, como pude prendí fuego. Pensativo tomé café y me di cuenta que mi rabieta estaba allí, frente a mí, pero un poco más calmada.

Las mariposas se quietaron, para pasar la llovizna. La niebla se disipó y el páramo se ofrecía húmedo, brillante y más cálido que nunca. Ellas empezaron a despertar e iniciaron un vuelo esplendoroso a mí alrededor, luego se iban verticalmente hacia el infinito.

Cuando andaba nuevamente encaminado, una nube de otras mariposas me danzaba, se paraban entre las ramas, hojas, piedras y charcos. En esos momentos tuve una sensación de luz y pude recordarte plenamente.

Llegada la noche, en una grieta, un grupo de diminutas mariposas plateadas, me esperaban.

*- ¿Por qué me adornan? - pregunté.*

Siempre he pensado que una mariposa es como una nave de papel, o más bien un signo de buen augurio, para la suerte...

No sé cuánto tiempo me duraron los vómitos y la rabia, ni cuánto estuve en el páramo. Bajaba a los caseríos a buscar aliento y alimento, para volverme a esconder. Entre una cosa y otra, quizás viendo tus fotos, me di cuenta de mi mal. Por eso comprendí lo de las mariposas, su compañía, esa silenciosa presencia emergida del oscuro momento que vivía.

El camino del páramo, lo tomé por ella. Esa sonrisa dulce, ese ser lleno de miradas y gestos delicados. Lo dejé perder por torpe. Cometí el error de escaparme con un amor procaz, feo. Me descubrió y sin decir palabras, tomó sus cosas y me dejó sólo una nota: ..." No es que me hayas ofendido, ni que me hayas engañado. Lo que siento es que te quiero tanto y que tú te aprecies tan poco" ...

Se me fue sin volver atrás, y yo intenté buscar absolución en el páramo.

Encontré su recuerdo, sus besos, su amor y solidaridad. Anduve sin rumbo, enfermo y desolado. Mientras más huérfano quería estar, en esos fríos parajes, más hallaba mariposas, más me acompañaban, más me protegían. Empezaron a dejarme, cuando supieron que la rabia y las nauseas entablaron ciertamente su retirada.

De esas mariposas, era de las que hablaba con mi hermano.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso





Mariposa  
Nocturna



# Mariposa Nocturna

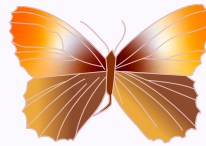


Voló, quizás llamada por la incandescencia de la falsa luz. Entró a la casa y dio varias vueltas en círculos irregulares. La vi con el deseo de que no importunarami angustia, mi soledad. Revoloteó de un sitio a otro, a veces con torpeza, hasta pararse sobre mi cráneo. Allí se estuvo un buen rato, tocándome la piel con la punta de su boca chupadora. Algunos pasos dio sobre mi calvicie y quizás fastidiada o sabiendo que la cosa donde se había posado, no le servía de nada, alzó su vuelo y se detuvo en uno de los largueros del techo. Volví a verla y la seguí viendo allí durante varios días, hasta que mi angustia y tu ausencia se fueron disipando y así su vida.

19 de agosto, día del cumpleaños de Wanadi



Creditos fotografía:  
Freddy Siso



QUIÉN  
SABE  
*María*



QUIÉN  
SABE   
María

Desde muy pequeño, me gustó fijarme en lo que me rodeaba. Estar sentado o acostado en el borde del camino. Mirando, mirando todo en rededor: la firmeza de los cerros o la huida de los barrancos. El movimiento de la hierba seca en los días veranozos, el caminar de vacas y bueyes con su parsimonia en los cerros de enfrente, olisqueando, rumiando. La lejanía del río, allá abajo, entre pedregones, mandando en invierno sus bramidos hasta la casa. La niebla, subiendo por las mañanas de las humedades camino al páramo, o el vuelo de los pájaros entre cañada y cañada, atravesando espacios y hondonadas inmensas, que le daban vértigo a mi interior, porque siempre he querido aprender a volar.

Así fue que crecí, mirando, pastoreando, buscando para los animales pasto por esos farallones perdidos, yendo de vez en cuando a la

escuelita, que sólo fue hasta tercer grado y mirando a las muchachas, cuando fui más grandecito.

Será por eso que me tienen aquí; vigilando, mirando una frontera que sólo existe en los mapas y en la cabeza de alguna gente.

Soy soldado, quizás antiguo, pero no he podido ganarme ni una raya, los superiores dicen que soy malcriado y desagradecido, quizás. Aquí estoy por voluntad, por servirle a mi patria. La llevo muy hondo. Pero opinan así, porque me niego a aceptar malos tratos y humillaciones.

Desde los primeros días, cuando abandoné el maizal y dejé a mis bestias en manos de otra gente, llegué orgulloso y sigo orgulloso, a pesar de que algunos se empeñaron en el maltrato: Nuevo, barre; nuevo, caletea; nuevo, lava; nuevo, plancha...

No me habían vestido de verde,  
cuando les dije:

*- Miré señor, yo aquí no vine a eso.*

No les gustó, me amenazaron.

*- Cuando te vistan de verde, te vamos a sacar la mierda - así dijeron.*

Yo los miraba profundo, tratando de descubrir sus bondades, las cuales nunca encontré.

*- Si me sacan la mierda no me importa... cuando me den un fusil les voy a caer a tiros - así les dije.*

Fue un buen remedio, me trataron de obstinado y peligroso. Lo mejor del cuento, es que a nadie le he echado un tiro.

En este año y pico que llevo en el cuartel, las veces que me movilizan a la frontera, es cuando me siento cerca del monte, la tierra. Y he descubierto que es muy diferente mirar a vigilar.

Soy un mal vigilante, me entretengo hasta con la brisa, los pájaros, las nubes o cualquier mariposita que vuela cerca. Por horas, me pongo a seguir las filas interminables de bachacos, que, sin piedad ni cuartel, desnudan completito al árbol de jabillo.

Cuando salimos de comisión por esos montes a “cazar guerrilleros”, a todos los soldados, nuevos o rasos como yo, es a los que empujan adelante. Vamos temblorosos, temiendo el enfrentamiento. Me imagino, igual que los guerrilleros: en un combate a cualquiera se le va la vida. Pero más asustados que nosotros, van los oficiales. Con cualquier pretexto se quedan rezagados, les da pavor el silencio de los montes, el ruido de los animales... No sé qué carajo van a hacer el día que nos reviente una guerra.

A veces me provoca echarlos adelante a carajazo limpio. Por eso es que no me quieren... cuando les hablo de estas cosas.

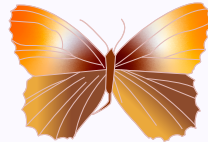
¿Para qué el hombre inventó las guerras? ¿Para humillarse unos a otros? Quien domina pisotea, no ve a los gobiernos.

Gracias a Dios por aquí no hay guerras y nunca un guerrillero ha asomado su nariz.

En la milicia me queda poco tiempo, quiero volver a los barbechos y mirar con tranquilidad. ¿Quién sabe María? ¿Estará lista para ver conmigo la tierra, la casa, los hijos...?



Creditos fotografía:  
Freddy Siso





*La*  
*Muchacha*  
de los **GUANTES**  
de **TUL**



La   
Muchacha  
de los GUANTES  
de TUL

Los días y las noches pasaban con su eterna monotonía. Sólo variaban cuando ella aparecía, cuando se dejaba escurrir en ese patio, vestida como la niña que hará su primera comunión, como las muñecas de finales de los años cincuenta: armadores, amplios vestidos, sombrero, medias tobilleras, zapatos negros de hebillitas y maquillada exageradamente.

A veces pensaba que lo hacía para desconcertar, por causar curiosidad y al mismo tiempo desapetencia. Algunos creían que, en su mente, faltaba por momentos la razón, la cordura. Yo en cambio metido aquí, sin alternativas, sin respuestas.

Mí niñez la pasé en ese barrio, habitado por venezolanos y colombianos, con muchas diferencias y necesidades.

La escuela cercana, con la posibilidad de una verdadera educación; remota. Estudié. Recuerdo mi foto al final de cuarto grado, con mi batita blanca, un lápiz y la mirada puesta en la cámara de fotografía. Hasta sexto fue que pude. Mi mamá se desentendió y yo preferí buscar la vida por ahí, en la calle.

¿Cuántos metros de uñas me habré comido en este lugar?, caminando de un lado a otro, de pared a pared, de letrina a reja, tropezándome a veces con otro, por la enorme población, el hacinamiento.

A los ocho años tuve que empezar a trabajar, vendiendo periódicos, cuidando carros. A veces robar me amortiguaba el hambre. Pienso que a mamá y a mis hermanos también. De papá no supe mucho, una vez, en una calle me lo señalaron.

Escuché un sonido que me sacó de mis recuerdos. Era un lamento profundo, quejumbroso, salido de lo más oscuro de la celda. La violencia no tiene sentido, es una sin razón entre nosotros, en este hacinamiento. ¿Por qué herirnos, por qué malograr nuestra esencia con cuchillos tan vulgares? Hay dos palabras que siempre me traen a cavilaciones, nunca las he podido entender.

¿Qué alternativas pueden tener?

¿Condenarme? Seguro lo van a hacer.

¿Defensor? Un fiscal del Ministerio Público, más menso y flojo, como no hay otro igual.

¿Esperanza? Es a lo que le estoy dando vuelta, la acaricio, la suelto, la retomo y sigo a la expectativa. Mañana es jueves, Sandra vendrá.

*¡Visita, Manuel!*

El guardia abrió la celda, caminé delante hasta llegar a la próxima reja. Volvió a abrir y al rato entrábamos al patio. Era la misma hora de todos los jueves, el mismo vestido, el mismo sombrero y la misma postura.

Siempre he pensado que le faltan los guantes blancos de tul, que le lleguen a la mitad de su brazo, para que parezca una novia. Sólo me saca un poco de mi encanto, lo torpe de su pintura en los labios y lo exagerado de la sombra en sus ojos. Pero los guantes, cómo me hacen falta. Creo que fue en una revista donde vi a una novia, delgada, bonita, enamorada, toda de blanco, como de tul.

Me senté a su lado sin decir palabra, vimos al cielo, era lo más bonito que nos rodeaba. Tomé su mano, nos vimos y nos besamos, sentí en la garganta el sabor del lápiz labial. Al ver mis labios sonrió, puse cara de estúpido, volvió a reír y con su mano limpió mi boca. ¿No sé por qué recordé mi primer robo?

Fue en una lavandería que llamaban “la Roma”. Eran unos pobres italianos que después de muchos años en Venezuela, todavía no pronunciaban bien el español. Entramos con el silencio de la noche. No había dinero, sólo ropa, por todas partes ropa. Yo era el más joven. Del segundo piso bajó un ruido. Los encañonamos, eran los viejos, un muchacho y una niña de mí edad.

Maldita sea, las violaron. No participé, lo juro. Con una pico e’ loro, cara e’ loco le cortó una nalga al pobre italiano; malaya. Al muchacho ni lo tocamos. Salimos huyendo sin robarnos nada material, lo espiritual fue lo que agredimos. En medio de la

carrera mucho susto, las lágrimas me corrían hacia las orejas. Luego otros robos y otras cárceles. No me di cuenta cuando dije: quiero escapar.

Volteó a verme.

*- Para eso hay que tener guáramo,  
coraje - eso dijo.*

Quedamos en silencio, viendo sonreídos como una navecita de esas voladoras, llegaba a calmar su sed en un charquito de aquel patio de cemento gris. Comenzamos a planificarlo todo, punto por punto, movimiento por situación, costumbre por seguridad.

¿Cuántos robos llevo en estos veinte años de calle?... La encargué de conseguirme un arma.

El robo del camión blindado se me vino a la memoria. En medio de la persecución y el tiroteo, lo repartimos todo. Lanzábamos los manojos de billetes a los patios, las ventanas. Los billetes volaban como mariposas, y en el barrio surgió una algarabía que nos protegió y desapareció entre los ranchos y sus pasadizos.

En la carrera quinta, en el interior del banco de Maracaibo, la conocí. Al igual que a todos los clientes, la despojamos de su cartera y de un depósito que llevaba. En medio de la angustia, nos miramos. Ella estaba normal... una muchacha cualquiera... linda... yo maquillado y vestido como un arlequín, para despistar las miradas. Cuando nos repartimos el botín, quise quedarme con sus cosas. Estaban sus datos y dirección.

Lo pensé varios días, toqué su puerta. La recibió confundida y sin hallar que aparentar. Quise verla y aceptó que fuera muy a menudo. No me di cuenta cuando me robó el cariño. El deseo del primer beso fue tan fuerte, que nuestras caras se acariciaron un largo rato, quizás una eternidad. Las frentes, las narices, los cuellos, una a la otra, mejilla contra mejilla y por fin nos besamos. Tan dulce y tan deseado, todavía mí corazón se enternece.

Tuve que matar. El hombre se me abalanzó. Volví a huir, atropellando con la violencia el propio ritmo del tiempo. En esas cosas de la vida, el teatro me sorprendió en un correccional; “La vida es sueño”, como decía Calderón de La Barca.

Por ese muerto cayeron varios. La policía se lo achacó a zamurito. Recordé la palabra solidaridad.

*- No te preocupes, no voy a cantar -  
eso me mandó a decir un día.*

Pasaban los jueves y poco a poco íbamos haciendo los ajustes minuciosos del plan de fuga.

La muerte de mi madre me sorprendió en la ruina y sin armas. La velamos en el barrio. Con unas panas atraqué una funeraria. Para el café, los cigarrillos y la comida, robé a varios transeúntes. Eso me permitió arreglar lo del cementerio.

No la pude ver por el trabajo, mis hermanos me dijeron que había quedado bonita, como era, descansando.

*Justicia, esa era la otra palabra.*

Llegó el jueves, no era visita, último día de los tribunales, tocaba traslado. La sentencia estaba escrita: robo a mano armada, porte ilícito de arma, asociación para delinquir y asesinato de un abogado. De los tres primeros cargos soy culpable, del asesinato no. Yo había matado, pero no a ese, de todas formas, me conformé, pensé que me tocaba pagar lo cometido en otro tiempo.

Me esposaron y junto a otros presos, al poco rato íbamos por las calles rumbo a ese edificio, que por más luz que tenga siempre será oscuro. Nos bajaron y condujeron ante diferentes jueces. A mí me tocó uno en lo penal.

Allí estaba ella, con pantalones azules ceñidos, zapatos deportivos, blusa de colores muy vivos, linda, sin sombrero, pero con guantes de tul blancos.

La vi, risueño, enamorado.

Nos pasaban frente al juez, nos quitaban las esposas, leían los cargos y la sentencia.

Después de mucho pensarlo, nos casamos, fue jueves, vino el prefecto, el del barrio. Me conocía desde pequeño. Cuando me abrazó, me dijo que quisiera a esa mujer: es difícil conseguir otra mejor. Después fue el padre Francisco, ese mismo jueves. Se despidió con una palmada:

*-Nunca pierdas tu rabia, esa bonita, la que llevas con tus sueños.*

El matrimonio finalizó y mi esposa se fue contenta, vestida de novia, como siempre la imaginé. Se fue en un autobús, orgullosa, sola, sonreída.

El guardia me trasladó hasta el juez, éste viéndome con ojos inseguros, sacó sus lentes y los limpió con un pañuelo que consideré asqueroso.

Me quitaron las esposas y el guardia comenzó a alejarse. Ella dio un grito y cuando voltee, ya el arma venía en el aire. El guardia giró y recibió dos impactos en el pecho. Salté y en el suelo le arrebaté el fusil. El juez gritó improperios y cayó herido. Otro guardia sólo se acercó a la muerte.

Hubo gritos, carreras y confusión. No me explico como logré salir. Obligué a un chofer a trasladarme. Corrí entre las calles, sometiendo a unos y secuestrando con mucha violencia a otros.

En la tarde corría entre el monte, la hierba fresca me acariciaba el rostro. Mi alegría no le daba paso al cansancio.

Al fin vi el rancho. Estaba allí, como en los tribunales, preciosa. Me abrazó y nos besamos.

- *¿Qué hacemos?*
- *¡Huir!*
- *¿Qué pasó con el plan?*
- *¡Hasta aquí fue que hablaste de plan!*
- *¡Coño!*
- *¡Vámonos a Colombia!*
- *¿Sin dinero?*
- *¡Por los caminos verdes!*
- *¿Más bien por qué no me besas?*

Casi desnudos y tomados de las manos, uno frente al otro, nos quedamos dormidos. El frío de la mañana nos despertó, volvimos a besarnos, sentimos el sabor amargo de nuestras bocas y el

de esa mal hallada libertad. Sonreímos, sopló un viento frío y se dejó oír el canto triste de un pájaro solitario. Una mariposa nocturna entró como ave de mal agüero. Sentimos hambre, preferimos quedarnos allí, tocándonos, besándonos. Ella quiso estar embarazada en ese momento y yo quise embarazarla. No lo dijimos, sólo lo intuimos.

En el suelo estaban las armas y algunas balas para el 38. Al fusil del guardia le quedaban como cinco balas. Miré el rancho, era de madera, con techo de zinc. Pensé en irme, decirle que nos fuéramos, pero el hambre me contuvo. Me acordé de mi niñez, cuando en los restoranes pedía comida para los perros, que terminaba en mi barriga.

De pronto se hizo un silencio tenso, pesado. Escuché mí nombre a través de un megáfono y me asusté. Me moví como un animal, instintivamente, en silencio. Tomé las armas y me apertreché detrás de una pared. El megáfono, volvió a invitarme. Ella se arrinconó a esperar, indefensa, asustada.

Entraron las primeras balas, respondí al unísono, sin medida... Pronto quedamos abrazados muy fuertemente, como buscando protección uno con el otro. Las balas atravesaban las paredes por los cuatro costados. Nos miramos a los ojos. Comenzamos a tocarnos, a besarnos, a amarnos. El tiroteo no se detenía, eran balas implacables que, silbando, atravesaban todo. Por momentos se hacía silencio cómo esperando respuesta. Luego volvía la lluvia de detonaciones.

- *Nos van a matar...*
- *Quiero ser tu mujer...*

- *Yo, tu hombre...*
- *¿Será verdad que el cielo existe?*
- *Allá y aquí haría lo mismo, te seguiría amando...*
- *Yo no sería ladrón...*
- *Viviríamos tranquilos... rodeados de querubines y ángeles...*
- *Nuestros hijos...*
- *Bésame...*
- *Apúrate...*
- *Sí, rápido, bésame y abrázame...*
- *No mueras todavía...*
- *Bésame, bésame, bésame...*

Quedamos allí, uno muy cerca del otro, todavía tocándonos. Al día siguiente, al ver la prensa, descubrimos que los titulares decían:

Sandra murió en el enfrentamiento, Manuel al verse atrapado, se suicidó.

Dedico esta narración a Sandra Xiomara Márquez y a Manuel Antonio Gámez. Muertos un día de julio de 1987, si mal no recuerdo.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso





TÚ Y TU  
*Realismo Mágico*





## TÚ Y TU *Realismo Mágico*

Recuerdo, era otoño, caminaba en ese parque lleno de hojas doradas y anaranjadas, reunidas por jardineros anónimos, esperando ser recogidas. El cielo era de un nublado grisáceo que amenazaba lluvia o contaminación. Así es siempre el cielo de Londres, triste. Los árboles desnudos dibujados contra ese cielo, me parecían en blanco y negro. Era una tarde fría, con ráfagas de viento venidos quizás del Norte. Anduve sin rumbo fijo, en esa ciudad desconocida, agresiva...

Me preguntaba cuántos Lores e Isabeles habrán pateado aquel parque, cercano al Palacio de Buckingham. Me sentía solo, y el piar de un pájaro desconocido, me hacía mucho más triste aquella ciudad; aquella tarde. De lo lejos vino el lamento del instrumento que tocabas. Lentamente me fui acercando y allí estabas, sentada en el borde de un banco, con un traje blanco, sencillo, lindo.

Con tu instrumento entre las piernas, en una posición muy sensual para mis ojos e imaginación. Ensayabas Mozart y yo me senté frente a ti complacido, idiotizado y de una muy buena vez, enamorado. Más tarde, me invitaste a caminar, lo hicimos por el Oeste, por sus numerosos parques y zonas residenciales, no por otra parte.

Me hiciste conocer la Torre de Londres, la Abadía de Westminster y finalmente la noche nos sorprendió en la Galería Nacional, extraordinaria. Una vez en la calle, me invitaste a tu piso. Sin demora acepté, pues no tenía a donde ir. Allí me presentaste a tus padres, dos flemáticos ingleses, que demostraban el agrado que les producía mi presencia, con muecas entrecortadas e incómodas que parecían sonrisas. Recuerdo que nos impidieron dormir juntos, eso sí, me brindaron un aposento agradable, perfecto para el descanso.

En la mañana, abrí el portal del pequeño balcón, París se me exhibía esplendoroso. Enfrente el Sena, surcado por pequeñas embarcaciones y un poco más allá el Louvre. En el balcón de al lado, tú seguías ensayando Mozart. Frente a nosotros Notre Dame, imponente, misteriosa. Desde el otro lado, con tu rostro radiante, gritaste en perfecto francés: Allí frente a Saint Michel, se reúnen tus paisanos, junto a músicos africanos a tocar y pedir monedas. Quedé meditabundo, atravesado por aquella imagen.

Cerca de mediodía salimos a caminar, un restaurante griego nos ofreció sus delicateses. Me llevaste a descubrir a Miranda en el Arco del Triunfo y luego seguir por los Campos Elíseos. Sobre esos pasos me acordé de Paris, el hijo de Príamo y su

enredo con la Manzana de la Discordia, destinada por los dioses a la más bella mujer. Me paseaste por el bondadoso París, me hablaste de su elegancia y placer, el que no duda en entregarse en los brazos de dioses o diosas, con los cuales se conciertan y se rompen alianzas en el término de una hora. Por eso, de tus labios comprendí la indefinición francesa respecto al mundo.

Seguí tus pasos y esa noche dormimos en Escandinavia, a la intemperie. Estabas a punto de comenzar a ovular, lo entendí perfecto. En la madrugada, sentí que me salía una cornamenta espectacular. Amanecemos rodeados de machos y hembras, pitando, envueltos en una atmósfera de celo y batalla, donde cada macho temía por su vida.

El olor a orines y almizcle, inundaban los vientos de esas llanuras verdes y desoladas de Escandinavia. Con mis pezuñas arranqué pasto y sobre la tierra húmeda oriné todo lo que pude, luego me revolqué en ella, para estar presentable ante tu celo, lujuria. Cuatro machos de mi mismo porte, estaban dispuestos a pelear hasta la muerte por tu amor. Mi labio superior lo alzaba y emitía roncós sonidos con la esperanza de amedrentarlos y de que fuera tu elegido. Fue una dura lucha, de la cual salí herido, pero victorioso.

Atrás había quedado el chelo y Mozart, nosotros enamorados, pastábamos en esos montes de Suecia, Dinamarca y Finlandia, atravesando ríos, quebradas, montañas y llanos, disfrutando de la península y los lagos escandinavos.

Cuando ya tu celo estaba en la cúspide y llevé mi mano a tu Monte de Venus, me lo encontré

desértico, sin una sola hierva, más no árido, húmedo sí. En ese momento, me vino a la mente, la angustia que me produce la escasez de agua en el planeta, el despiadado avance de los desiertos y la indolencia de los países del norte. No aguanté más y lleno de confusión besé tu boca. Apasionadamente te hice un hijo, él jugaba sobre la cama, acompañando nuestra desnudez. En ese momento te dije: vámonos al Chamizal, allí tengo una casa con patios de piedras, con caña de azúcar y café, con vientos fríos y montañas descomunales, donde habitan más mariposas que en Londres, París o Escandinavia.

*- No tengo nada que buscar en el  
Nuevo Mundo.*

Te expliqué que no era el Nuevo Mundo, sino el Tercer Mundo, lleno de canciones, amores y melancolías.

- ¿Cómo los de Escandinavia? –  
preguntaste.

Quedé pensativo... Sólo pude atinar:

*- Como los del Mar Caribe: Cuba,  
Dominicana, Puerto Rico o Jamaica...  
Como los de Trinidad o Venezuela,  
quizás México.*

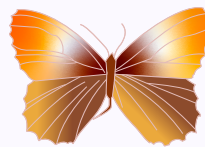
Y no te importó. Te fuiste y me dejaste con el niño y mi desnudez.

*¿Lo último que supe?*

Andabas regalando conciertos en Roma, Moscú, Tokio y New York.  
Te apasiona el Norte, te aterra el Sur.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso



*Amor*  
INFIEL



# Amor INFIEL

Tu madre no es mi mujer, ni yo su marido. Sólo intenté sacar de su rostro sus fornicaciones y dentro de sus pechos el adulterio. Yo la quise despojar de pasado y la desnudé como el día que nació. Hice de ella un desierto, la dejé como tierra seca, suelta, polvorienta y murió de sed.

*Me dije: no tendré misericordia con sus hijos, porque son hijos de la prostitución y el desamor.*

Esa, la que dio a luz unos hermosos niños, me dijo:

*- Iré tras mis amantes, los que me han dado olvido y tristeza.*

Y tuve misericordia de sus hijos y celo de mi amor. Por tanto, rodeé de espinas su camino, la cerqué con setos de angustia y recelo, sin embargo, no logré apartarla de su destino.

Seguirá a sus amantes y no los alcanzará, los buscará y no los hallará. Sé que dirá:

*- Me volveré a mi primer marido,  
porque mejor estaba entonces que  
ahora.*

*Y yo moriré de celos y rabia.*

*No reconoció que le di trigo, aceite y  
vestidos. Que le multipliqué la plata  
y los panes, como se multiplican en  
primavera las mariposas.*

Creo que no me quiere. Volveré y tomaré mi trigo, mi tiempo, mi vino y su sazón. Buscaré mi lana y mi lino, el que le di, para cubrir su desnudez. Despojaré de abrigo su locura y nadie la salvará de mi mano. Haré cesar todo pozo de su cuerpo, porque es a mí a quién pertenece. Apagaré sus fiestas, sus lunas nuevas y cesaré todas sus felicidades. Ya no quiero oír aquello que decía:

*-Mi salario es el que me han dado mis  
amantes.*

*- ¿Mi vino, mi aceite, mi pan, mi amor,  
no fue salario? - así dije.*

Si la alcanzara, la lanzaría a los matorrales para que la coman las bestias y la castigaría por los días que se iba tras sus amantes y se olvidaba de mí. Y sino, la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón. Le daré vino, para que cante como en los tiempos de su juventud, y mucho más le daré, para que me diga esposo, marido y aprovecharé su ebriedad y quitaré de su boca esos nombres para

que nunca los mencione. Haré para ella, pacto con las bestias, con las aves del cielo, con las serpientes, para arrancar de la tierra toda espada, toda guerra, toda violencia, y la haré dormir segura, rodeada de mariposas de múltiples colores.

*La desposaré conmigo para siempre; la desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y seguridad, y la desposaré conmigo en fidelidad, para que así conozca a Dios. Responderé a los cielos y a la tierra, responderé al trigo, al vino y al aceite y ojalá que todo esto se cumpla, para que me responda en justicia, amor y benignidad.*



Creditos fotografía:  
Freddy Siso



# IMPLACABLES ADVERSARIOS



# IMPLACABLES ADVERSARIOS

a Manuel Scorza, in memoriam



Ese animal que mis ojos jamás habían visto, lo descubrí por casualidad frente a un espejo. Era un cuadrúpedo bellissimo. Monstruo bicéfalo que sus cabezas peleaban, se mordían, topaban, se besaban. Una de las cabezas tenía una larga cabellera, preciosa, donde desaparecían las manos grandes de uno de esos dos cuerpos.

Se retorcían en una lucha feroz, dando la impresión que las cuatro piernas, los cuatro brazos y los dos cuerpos, se confundían en uno; como queriendo ser uno. Estaban desnudos y los pechos de ambos eran diferentes: el uno como un desierto dorado, con tundras y colinas; el del otro, poblado de hierbas aromáticas, finos pastizales, que el viento ondulaba como caricias.

Parecían enemigos, feroces adversarios, que forcejeaban como dispuestos a morir. A veces los rostros se juntaban como uno sólo, con una sola

cabellera y un calor apasionante inundaba todo el aposento. La desesperación del animal llegaba a su clímax, por el deseo de penetrar hasta lo más profundo del alma del contrincante, no para arrebatarse la vida, sino para darla. Vi aquellos cuatro ojos, resistiéndose y no, a ser dos. Parecía que cada cabeza deseaba tener los ojos del otro, la boca del otro, la vida del otro, y los sentimientos de furia y pasión del otro.

Vi como aquellas manos forcejeaban y sus veinte dedos se convertían en diez. Vi aquellos brazos asir hacia sí el otro cuerpo para reunir sus vientres y cómo quedaban las puntas de los dedos marcados en las espaldas.

De manera muy singular, las rodillas se juntaban, a veces volaban por los aires, cuando la contienda exigía rodar de un lado a otro, cambiar de posición, desdoblarse: tronco, cabezas, manos, boca, sexo.

Aquel cuadrúpedo se debatía en sudor, en labios húmedos y lenguas entreveradas, que parecía imposible que pudieran recuperar el habla. Pero igualmente se adivinaba que aquellos cuerpos se tenían misericordia y verdad. Se adivinaba que, en medio de la contienda, aquella lucha pretendía crear la vida, ser manantial. Se adivinaba el amor por el enemigo en todo tiempo. Por eso, aquellas aguas profundas presagiaban llenadura de vientre, frutos, bienaventuranzas y vuelos imaginarios.

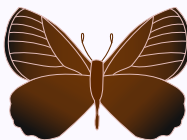
Como tierra, como fuego era aquella pasión desenfrenada. Yo sólo escuchaba jadeos, abrazos, susurros, miradas, caricias, quejidos, placer. Al final,

aquel cuadrúpedo, después de tanto forcejeo, quedó derrotado, tirado en el lecho.

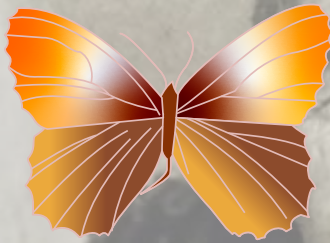
Éramos eso, un cuadrúpedo de cuatro ojos, cuatro piernas, cuatro brazos, cuatro manos, que, al recuperarnos, seguro, volveríamos a iniciar aquella dura e implacable contienda.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso



# JACINTO



# JACINTO



Cuando murió, creo que ni se enteró... Estaba tan borracho... Lo mismo le pasó al perro blanco, tampoco se enteró de su muerte.

Jacinto se la pasaba en eso, bebía todos los días, no tenía compasión con él mismo. Eso le pasó después que le llegó la jubilación. Más de veinticinco años estuvo en ese trabajo, cumpliendo, porque era un hombre cumplido. No es que antes de eso no bebiera, pero entre el compromiso y la familia, primero atendía las responsabilidades.

El caso fue que después que se quedó en la casa, viendo de cerca todo, se dio cuenta que su señora no le jugaba muy limpio.

Vivían en una casita pequeña y Jacinto con su esposa, la tenían bien bonita...

¿Y los muchachos?, atendidos, sanos.

Aquella cosa empezó a carcomerlo. Su mujer era varios años menor, pero eso no era motivo. Jacinto cumplía con todo lo de la casa, aunque parece que ella no lo entretenía, o quién sabe qué. Ella era buena moza con sus treinta y pico y él con sus cincuenta y tantos, se le veía cansado, sin apetencia por ella o ninguna otra. Cogió pa'l trago, y lo que antes hacía de vez en cuando, se fue haciendo de todo el santo día.

Jacinto era callado, no era hombre de intercambiar palabras ni peleas. Por eso fue que no quiso meter las manos y dejó que las cosas poco a poco se le fueran yendo.

Y así como él se emborrachaba, la mujer también se fue descuidando sin importar el qué dirán. La familia al abandono, la casa y el terreno se fueron llenando de montes y rastrojos.

Jacinto pegaba el día con la noche, siempre borracho. A su mujer se le veía más risueña, más bonita... bien tratada. Más bien lo que se adivinaba, era que estaba profundamente ilusionada. Jacinto era la misma cosa, pero al revés.

Así pasaron los meses y Jacinto se fue quedando solo con los muchachos, sin poder atenderlos como es debido, Más bien los pobres, con engaños se mantenían en pie.

Jacinto, ahogándose en ese inmenso dolor reprimido. La borrachera se hizo infinita, sufrida. Sólo lo acompañaba en sus monólogos ininteligibles un perro blanco que no se sabe de dónde vino, ni por dónde apareció. Lo cierto es que se murió borracho,

murmurando, hablándole y acariciando al perro. Cuando los encontraron, el perro tenía sobre el pecho de Jacinto, su cabeza recta, viendo hacia aquellos cerros, que a veces la bruma hace desaparecer. Fue un entierro solitario, los hijos llevaban manojos de flores y poca gente... muy poquita.

Si los niños no murieron de mengua, fue porque alguien hizo la diligencia para que el sueldo del finao los remediara en algo, hasta que tuvieran la mayoría. Quien sí murió de mengua fue el perro blanco, se quedó sobre la tumba en ese cementerio sembrado sólo de pobres. El paquetito de huesos quedó allí, como cuando murió Jacinto, viendo hacia aquellos cerros.

Los muchachos al verse solos, les llegó como una especie de suerte. La gente los ayudó y así entre una cosa y otra, fueron creciendo. Arreglaron la casita y sacaron para siempre, el monte y los rastrojos. Sembraron un cambural y otras matas que luego comían y comerciaban.

No había pasado mucho tiempo, cuando Jacinto, jumo como murió, apareció con su perro, buscando algo que comer y que beber. Los muchachos se lo aprontaban y seguía con su borrachera y el perro blanco detrás. Una vez el hijo mayor le dijo que ya dejara, que se quedara tranquilo, muerto. Jacinto sólo atinó a decir:

*- ¡Qué muerto ni que ocho  
cuartos!... Déme razón de su mamá.*

*El muchacho quedó en silencio,  
pensando.*

*- ¡Hace tanto tiempo!*

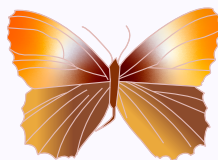
Jacinto agarró una botella y se fue a sentar en el mismo sitio en que murió. Mientras acariciaba al perro, tarareaba “Las plumas blancas, las plumas negras”... Así pasó el tiempo.

Estaban los muchachos grandes, cuando la madre volvió. Se le veía ajada, marchita, cansada de tanta necesidad y mal trato. Volvió con dos crías a cuestas y según las malas lenguas corrida. El marido que siempre fue más joven, la cambió por otra que tenía las carnes más firmes y la sonrisa completa.

Los muchachos a pesar de su poca educación y su digna pobreza, la recibieron con abrazos y sonrisas. Eso fue lo que hizo que Jacinto dejara de beber definitivamente y se fuera con su perro a otra parte, vuelto nube, cada vez más difuso, cada vez más transparente, cada vez más cielo azul. Como esas mariposas que se adivinan, pero que no se ven.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso



# Los Milagros

POR ESTOS LADOS  
TAMBIÉN  
EXISTEN



POR ESTOS LADOS  
*Los Milagros*  
TAMBIÉN EXISTEN



Cuando me di cuenta de que a mi niña no se le iba a parar la diarrea, con guarapitos y mierdas de esa, me fui al hospital. La bebé se me estaba acabando sin misericordia. Era de apenas dos meses recién cumplidos... Creo que fue en el puesto... Es que entre una vaina y otra... los teteros, los guarapitos y el buhonerismo, se me enfermó la bebé de una diarrea.

Paso todo el día en la calle... vendo medias, pantaletas, sostenes... Me fui de la casa, porque el marido que tenía mi mamá, quería acostarse conmigo... desde pequeña ando en la calle... Crecí de un barrio a otro, de un rancho a otro, de un hombre a otro... 22 años tengo, no soy vieja...

El padre de mi niña, cuando supo que estaba embarazada, dijo que esa preñez no era de él... Soy lenta para conversar... es que tengo que pensar mucho las cosas... A veces me siento cansada, no

ve que me da por sentir que he vivido mucho... Esa mercancía que vendo, no es mía, es del dueño de un negocio que tiene a varios que nos emplea en la buhonería... A la escuela casi no fui, nadie se preocupaba... No tenemos sueldo, ganamos sólo un porcentaje... Cuando la niña se me enfermó, recogí el plástico, lo llevé al negocio y me fui corriendo pa'l hospital... Antes de irse, me habló muy cerca de la cara: ¡Pruébame que esa barriga es mía!...

Presas también estuve... En el hospital me atendieron bien. Me le pusieron suero, le hicieron los exámenes y me dieron una lista de medicinas para que comprara... El hombre se fue, más nunca lo he visto, y me quedé con mi barriga... El dueño del almacén, no me quiso prestar nada de plata... Estuve presa, porque en una redada, un policía me quiso tocar el sexo y le di un carajazo que le partí la cara... Busqué a toda la gente que conocía, nadie tenía plata para comprar medicinas... Mamá tuvo como ocho carajitos, sin techo ni hombre fijo... Casi todos los buhoneros vivimos muy alcanzados... Lo único que encontré fue otro frasco de suero... La profesión que tengo, si se puede decir, es la de vendedora...

Tienes que apurarte con las medicinas, en este hospital no tenemos... Hace años estuve hospitalizada, se me infectaron con una tos los pulmones... ¡Ojalá te pudras!... le grité al dueño del negocio... Estando presa tuve otros problemas... He vendido ropa, perfumes, cigarros, periódicos, frutas, marihuana y otras cosas que no me atrevo a nombrar... Cuando me empezaron los dolores, me fui en buseta pa' la maternidad... Estando presa, varias mujeres me querían seducir por la fuerza... La parí solita, sin nadie que me acompañara...

El problema que tuve con las mujeres, lo resolví peleando muy duro... muy duro... Aprendí a firmar, pero me da pena no saber leer... Volví al hospital sin nada que darle a la niña... Supe que mamá vive en el barrio Los Canjilones, pero nada más...

Pasé la noche en la puerta del hospital, tirada en el piso... También me enteré de que a uno de mis hermanos lo mataron en ese barrio cuando venía saliendo de una fiesta... Un médico se me acercó: muévete o la niña se te muere... No hallaba qué hacer... Lloré mucho en silencio... En el hospital me hicieron firmar un documento... Hace apenas dos meses que salí de la maternidad... Te la llevas por tu cuenta y riesgo, así dijeron... salí con la niña en los brazos y el récipe en la mano, 98.000 bolívares totalizaban... Era una mañana nublada y fría. A todo el que podía le hablaba... me daban de diez, de veinte, de cien...

La lluvia empezó a caer y la gente desapareció como mariposas temerosas del agua... Sólo quedaron autos... Las calles se fueron anegando... los carros petrificados sin poder andar, ni de un lado ni del otro... Todo estaba como muerto... La ciudad se detuvo... dejó de funcionar...

Emprendí la batalla nuevamente... Con frío, con hambre, con lluvia... La niña en los brazos y el récipe mostrándolo en la mano... Me acercaba a las ventanillas oscuras de los autos, donde se podía adivinar que dentro había gente... La lluvia fue despiadada... La tinta del récipe corrió por las calles húmedas de llanto... La diarrea, aún más despiadada que la lluvia, bajaba por mis brazos y caía en el agua confundándose con la tinta... Ninguna ventanilla se

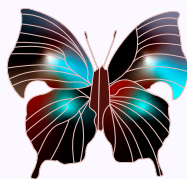
abrió a darme una limosna... Bajo la lluvia, traté de ver el rostro de mi hija... Me di cuenta que la amibiasis había desaparecido, que su llanto se había callado, que su mirada se había agotado... Me senté en la isla alta de la avenida... La lluvia terminó de lavarnos toda la amibiasis y mis lágrimas fueron a confundirse con la tinta, con el agua y con la mierda...

Si no tuve para las medicinas... ¿Voy a tener para el entierro?... Mi desconsuelo era tan despiadado como la lluvia... ¿Qué hacer?... Volví a ver el rostro de mi bebe y ya no era su rostro... Era un manojo de flores... Begonias, rosas, dalias, azucenas, lirios, margaritas... Quizás con una sonrisa... Me dispuse y volví sobre los autos... A cada ventanilla oscura me acercaba con una flor en la mano... Se abrían con cuidado, sólo un poquito, para que el agua de los cielos no los mojara... Una a una me recibieron las flores... No hubo una sola ventana que se negara... Se asomaban las manos y yo adivinaba que detrás de cada una de ellas, había un ser que, con la mirada y una sonrisa franca, agradecía la flor.

Me quedé sin flores, sin llanto y poco a poco fue escampando.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso



*Pasión*  
es lo que  
**NOS SOBRA**



Pasión  
es lo que  
NOS SOBRA



Yo tenía un camioncito, vendía de pueblo en pueblo, plástico, principalmente chancletas, eso vendía. Desde San Antonio a Caracas, ahí me andaba, solo. Hacía mis realitos y me regresaba pa' Colombia. Yo soy de San Vicente del Caguán, de donde es Tiro Fijo. Llegaba a Cúcuta y de allí me movía. ¿Cómo profesión?: toero, carpintero, electricista, latonero, albañil, soñador y bohemio.

¡Bucaramanga!

Ella es de allá, mujer preciosa y con un cuerpo que mejor ni le digo. Con ese color que sólo nos regala el trópico y las mezclas de sangre y pieles que se dan en estas geografías. Es de esa gente que le sostiene a uno la mirada, la palabra y la sonrisa. Muy franca. La conocí en su ciudad, en esas oportunidades que sólo se presentan una vez y no está permitido desperdiciar.

Nos liamos y aquello comenzó a ser la aventura de amor más bonita que se pueda imaginar.

Venía de un barrio del centro de Bucaramanga, graduada en una universidad y economista en un banco. Su trabajo era extraordinario; por lo general, los fines de semana viajaba a diferentes ciudades; por eso es que era bueno, no por lo economista.

Yo en mi camioncito, pateando esos pueblos llaneros. No lo voy a negar, desde que apareció, tuve como más disposición al trabajo. Era fajarme, vender y plagar de plástico los llanos de Venezuela. Nos llamábamos para ponernos de acuerdo.

*- ¿Nos vemos en Barranquilla?*

*Y a Barranquilla llegábamos.*

*- ¿Nos vemos en Medellín?*

*A Medellín volábamos.*

Nos dimos cita en Cali, Cartagena, Valle Dupar, Neiva, Armenia, Manizales, Pereira, Ibagué... Eso no fue corto, invertimos años. Aquel amor florecía con la distancia, el trabajo, el esfuerzo. Siempre que llegábamos a un sitio, después de instalarnos, nos íbamos a conocer, guiados por los taxistas.

Fue un tiempo de pura risa, mucha franqueza y muchísimo amor físico y espiritual. Recuerdo una vez en Pamplona; nos compramos varias bolsas de dulce, paqueticos de galletas y quesitos con membrillo, de esos rellenos que hacemos los colombianos. Esa vez no hicimos lo acostumbrado, salir a la plaza, buscar

un taxi... Pamplona... es bonita. Nos quedamos encerrados en el hotel, dos noches, tres días. Eso fue cómo encontrarnos verdaderamente por primera vez. Sin paz ni cuartel hicimos el amor. Las galletas, los quesos y los dulces se acabaron.

Aun recuerdo que cuando la llamaba, me contestaba desde Colombia.

*- Todavía no vengas, me duele.*

Y yo andaba con el pájaro floreteado, muy aporreado, como dicen los venezolanos.

Un día me invitó a su casa. La familia me recibió risueña, contenta, conocedora de lo que hacíamos. Aquel amor no tenía descripción. ¿Cuántas veces por el camino llorábamos? Era en demasía la emoción de encontrarnos. Pero aquello que logramos en Pamplona, más nunca pudimos repetirlo.

Una vez estuve preocupado. Ella estaba en los días y yo cómo loco. Su celo y mis ganas nos arrebataron de pasión: sin medida, sin control. Le escribí una carta que luego contestó.

*- Mi vientre está tan liso cómo la sabana bogotana...*

*Sentí un alivio, yo no era capaz de embarazar a nadie sin su consentimiento.*

*Aun recuerdo, estábamos en Santa fe, la capital, me encontré a un primo.*

*- Hermano, vamonos a una fiesta - así me dijo.*

Salimos vía Villavicencio. Usted no sabe cómo es eso de bonito. Llegamos a una finca donde construían un palacio de piedras, una laguna inmensa y todas las comodidades. Sospeché de los paracos, de los narcos. Había un conjuntito de música campesina muy bueno, hombres, mujeres, tragos, baile y yo con mi amada. En medio del baile, apareció una mujer sirviendo. Era una empleada, recogiendo loza. Se me paró enfrente y sin mediar palabras, dijo de su boca.

- *¿Desea algo más el señor?*

*La miré aturdido, una brisa suave  
me volvió el resuello y a penas pude  
balbucear.*

- *¿Me podría traer un cafecito fuerte?*

*Inclinó la cabeza y sin apartar los ojos  
de los míos, me dijo muy tiernamente.*

- *Lo que usted quiera señor.*

*Fue como una suerte de luz o tropiezo.*

La fiesta siguió, se hizo de noche. Entre trago y trago, volvió a aparecer aquella mujer, con una taza de caldo en sus manos. Me la ofreció, mientras bebía me dijo.

- *Mañana temprano lo espero en el  
camino cerca del aljibe.*

Me quedé prendido de aquellos ojos oscuros y pude verificar que su disposición era cierta. Volteé a mirar a mi compañera, estaba absorta, disfrutando de los cantos, de la música campesina.

Tarde nos acostamos. Nos habían dado dos camitas en un cuarto humilde, pero bien arregladito. Dormimos uno frente al otro, cansados y tomados. Apenas el sol brindó sus primeras luces, desperté. Sin ruido me fui vistiendo.

Mi mujer estaba allí, profundamente dormida, desnuda y con sus hermosísimas nalgas al descubierto. Cuidadosamente la arropé y presuroso me fui al camino. Allí estaba la mujer, me dio los buenos días. Tomándome de la mano me estampó un beso. Su boca sabía a miel, la sentí sudorosa, nerviosa cómo una yegua. Me haló para un matorral, enseguida apareció un río ancho, silencioso. Vestía un camisón cómo de franela. Nos besamos, nos sentimos y jadeamos.

*- Voy a bañarme - dijo.*

Aquella mañana fue esplendorosa. Mariposas llegaron a esa playa. Nadó unos minutos y cuando salía, pude adivinar que debajo de su camisón no llevaba más que piel. Un temblor recorrió mi cuerpo. Llegó resuelta, a consumir lo que se había propuesto y dichoso se lo permití. Era una potranca hermosa que toda ella destilaba pasión y olor a sexo: brazos, cuello, sobacos, boca, entrepiernas, todo.

Hacía un rato habíamos terminado, pero la brisa y las mariposas nos volvían a incitar a la lucha. Comenzamos de nuevo, los besos, las caricias, los jadeos. Estaba entre mis brazos, cuando por sobre su hombro, vi a mi mujer que nos miraba.

*- Coño, María.*

Se me quebró la voluntad, una especie de vacío se hizo en mi interior. Empecé a vestirme rápidamente, volteé y ya no estaba. Sin lavarme y cundido de arena por todo el cuerpo, me fui presuroso a su encuentro. Me invadió una angustia terrible ante el reclamo, la rabia. La alcancé cerca de la casa y la interrogué.

- *¿Entonces?*

*Se me quedó viendo, sólo agregó.*

- *Nada, vamos.*

Nos despedimos de mi primo y nos fuimos a Bogotá en silencio. Ella a Bucaramanga, yo a Cúcuta. En el avión fue que pude medio limpiarme. Me reía del pocotón de arena que dejé en el piso del baño, pero se me desdibujaba cuando pensaba en el tremendo error que había cometido; carajo. El olor de aquella mujer me persiguió en Venezuela durante varios días.

Para mi sorpresa, fue verdad, no había pasado nada. Seguimos viéndonos, viajando, llamándonos, amándonos. Pero a pesar de que pasaron los años, nunca me abandonó la angustia de aquel reclamo pendiente. Sabía que, en algún momento, en algún lugar, tendría que pagar la ofensa.

Después de eso, las cosas me empezaron a salir un poco chuecas, mal. Siempre he gastado más de lo que he ganado y esos viajes exigían su inversión. ¿Sería por eso?... Lo cierto fue que un día le dije que nos casáramos y nos viniéramos a vivir a Venezuela. Yo poseía un terrenito donde poder

construir una casa, donde comenzar poco a poco. Aquella propuesta la fuimos pensando, madurando, dándole vueltas. No voy a negar que varios viajes ella me los financió. Un día, recuerdo que fue en Pamplona, me dijo.

*- No Simón, no me voy a ir a Venezuela a empezar de cero. ¿Por qué no te quedas en Colombia?... Vivimos juntos...*

*Di unas vueltas meditabundas, al rato balbuceé.*

*- Ya estoy desarraigado... hace muchos años... la violencia de mis paisanos... la vida de mi padre... siento que pertenezco más al otro lado.*

*Nos miramos los rostros y empezamos a llorar. En medio del llanto me quejé.*

*-Lo que pasa es que usted nunca me perdonó lo de aquella muchacha de Villavicencio.*

*Sonrió con tristeza mirando al piso. Luego agregó.*

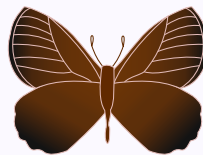
*- No Simón. Aquello era inevitable. Desde el primer momento en que te vio; se escuchó, se sintió, se notó: ...este hombre va a ser mío, se dijo. De manera que no hacía falta verlo. Me quedé contigo hasta que finalizó la fiesta, cuidándote, expectante. Te ofrecí mi pompi, era mi arma más poderosa. ¿Recuerdas? Tú lo arropaste y partiste a lo inevitable. Siempre estuve despierta, te seguí angustiada*

*y no he pensado nunca reclamarte ese hecho. No lo consideré una ofensa, nunca me has ofendido Simón, fue el destino... tú has sido tan amable.*

Después de aquellas palabras, sentí un alivio que me liberó de la culpa... De allí en adelante no nos vimos más nunca... hace sus años. A ella le debe ir bien... ¿Yo qué?... Me casé con una vieja común y corriente... Pelando bolas es que me la paso, limpio. Buscando medio pa' completá un real, y viendo cómo carajo encuentro pa' remediar a la mujer y los muchachos... No digo yo... lo que da es risa.



Creditos fotografía:  
Freddy Siso



# Índice

El negocio de las mariposas	7
La minotaura	16
Mula negra hosca	23
Neblina perfumada	35
El puente de plumas	41
El hombre de la lluvia	52
Amador de los paramos	56
Entre El Regocijo y La Trampa	62
De Noé a esta parte	69
Agua en el cielo como en la tierra	76
Las montañas más ocultas	80
Apenas volando	86
Homenaje	91
Mariposas	99
Mariposa nocturna	106
Quien sabe Maria	109
La muchacha de los guantes de tul	114
Tú y tu realismo mágico	125
Amor infiel	131
Implacables adversarios	135
Jacinto	139
Por estos lados los milagros también existen	145
Pasión es lo que nos sobra	151



**ula**  
Dirección  
General  
de Cultura

**ediciones**  
**Actual**